

UNA DAMA INESPERADA

La Serie Las Estaciones del Tempo
Libro 01: Primavera

KARINA BEZERRA

Una Dama Inesperada

Serie Las Estaciones del Tiempo
(Libro 01: Primavera)

Karina Bezerra

Una Dama Inesperada (Libro 01: Primavera) @2025.
Todos los derechos reservados.

Obra protegida por la Ley 9.610 de 1998
(Leyes de Derecho de Autor).

Prohibida la reproducción gratuita o comercial de esta obra sin autorización del autor. Prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuita, sin el debido crédito.
Una Dama Inesperada (Serie Las Estaciones del Tiempo - Primavera /libro 01) es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.
El plagio es un **DELITO**
Sigue a la autora en sus redes sociales

Instagram: @autorakarinabezerra

Correo electrónico: autorakarinabezerra@gmail.com

Resumen

Prólogo 9

Capítulo 1 15

Capítulo 2 25

Capítulo 3 35

Capítulo 4 43

Capítulo 5 50

Capítulo 6 56

Capítulo 7 66

Capítulo 8 72

Capítulo 9 79

Capítulo 10 85

Capítulo 11 93

Capítulo 12 98

Capítulo 13 105

Capítulo 14 114

Capítulo 15 121
Capítulo 16 132

Capítulo 17 139

Capítulo 18 146

Capítulo 19 155

Capítulo 20 164

Capítulo 21 171

Capítulo 22 178

Capítulo 23 185

Capítulo 24 190

Capítulo 25 195

Capítulo 26 200

Capítulo 27 207

Capítulo 28 213

Capítulo 29 222

Capítulo 30 229

Epílogo 236

Nota de la autora: 243
Próximo libro 247

A todos mis queridos lectores, amantes de las novelas de época... o no. En especial, a mi amiga Dall, inspirador de esta historia, y a mis queridas amigas Érica, Cláudia y Ellen, que también se embarcaron conmigo en este viaje en el tiempo. Y a todos mis amigas del Vicia Club de lectura, donde los libros crean lazos que atraviesan los siglos.

Lista de reproducción



Apunta la cámara de tu móvil y isigue leyendo!

Prólogo:

Londres, marzo de 1982

Librería Hatchards, 187 de Piccadilly Street.

Era el primer sábado del mes, lo que significaba para Dall, Érica, Claudia y Ellen un momento sagrado. La reunión del Club de las Ladys Románticas, como lo habían bautizado entre risas y sorbos del tradicional té negro inglés, era su pequeña hermandad secreta dedicada a las novelas románticas de época. El club, además del placer literario y de la amistad, traía a las jóvenes la dulce ilusión de que pertenecían a otro tiempo y que quizás todavía vivirían una historia de amor digna de las novelas que solían leer. El club ya era conocido por todos los empleados de la librería, pues, en algunas fechas especiales, las jóvenes solían acudir al encuentro caracterizadas como sus personajes literarios favoritos.

La antigua librería, fundada en 1797, desprendía el agradable aroma del papel envejecido y de la madera encerada, procedente de sus lujosas y cuidadas estanterías antiguas. Además del ambiente romántico, gracias a los libros que albergaban historias de amor aún por contar. La luz suave del inicio de la tarde atravesaba el cristal de los altos ventanales, proyectando reflejos dorados sobre las filas de elegantes estanterías, repletas de volúmenes que parecían susurrar secretos del pasado a quien se dispusiera a escucharlos con el corazón.

Las cuatro jóvenes tenían algunos puntos en común: todas rondaban los veintitantos años, contaban con pocos parientes

cercanos, compartían el amor por las novelas de época y la sensación de haber nacido en la época equivocada. Vivir en el Londres de los años ochenta era ruidoso, demasiado apresurado y, a veces, dolorosamente solitario. Más aún para chicas que suspiraban por tiempos pasados, encantadas con la magia de las historias leídas. Todas habían perdido a sus padres a una edad temprana o estaban distanciadas de los pocos familiares que aún conservaban. Sin embargo, allí, entre tapas duras y héroes caballerescos, encontraban algo parecido a un hogar y consuelo para el corazón romántico.

—A veces pienso que nacimos en la época equivocada —comentó Claudia, ajustándose las gafas en el rostro mientras, con su otra mano, hábil como artesana, hojeaba una novela ambientada en el período victoriano.

—Sin duda alguna. Yo habría sido una excelente lady del período de la Regencia —dijo Dall, la bibliotecaria, sonriendo con los ojos detrás de sus finas gafas de montura, mientras sus rizos dorados se mecían con el leve movimiento de su cabeza—. Me imagino leyendo en el jardín, paseando por Hyde Park y asistiendo a los bailes de Almack's.

—¡O una rebelde escocesa! —añadió Érica, la joven profesora de Historia, hablando entusiasmada—. Todavía sueño con un highlander musculoso secuestrándome a lomos de un caballo negro o el jefe de algún clan escocés. —Concluyó con su característica y sonora risa.

Ellen rió. La joven médica se removió en la silla para acomodarse mejor y dijo:

—Yo solo quiero un caballero que sepa usar corbata ascot y escribir cartas de amor decentes. ¿Será pedir demasiado? Ah... y si supiera susurrar palabras de amor en francés al oído, no me quejaría. Al contrario, sería aún mejor. —Concluyó con una sonrisa maliciosa.

—Por lo visto, nuestra amiga suspira por un caballero de la Belle Époque. —Comentó Dall, traviesa, y Ellen llevó la mano a la boca para contener, una vez más, una sonrisa cómplice.

Aquel sábado, acordaron buscar nuevas lecturas para el mes. Cada una se dispersó por la librería, como de costumbre, explorando pasillos ya familiares. Sin embargo, fue Dall quien lo encontró primero. Entre dos estanterías poco frecuentadas, parcialmente oculto tras un diccionario de latín, descansaba un libro antiguo, encuadernado en cuero color vino, sin título visible. Lo extrajo con cuidado y, al tocarlo, un leve escalofrío recorrió su espalda. Había algo... vivo allí.

—¡Chicas! Venid a ver esto. —Las llamó, con voz baja pero urgente.

Las demás se acercaron, rodeando a Dall, intrigadas. El libro no tenía autor, ni título, ni ornamentación alguna y, al abrirlo, encontraron solo una hoja amarillenta en la primera página, donde se leía, en letra cursiva y ligeramente desvaída:

"Cuatro estaciones. Cuatro caminos. Un destino.
Al pasar esta página, cada una de vosotras encontrará el tiempo que le pertenece..."

—¿Esto es... un poema? ¿Una especie de adivinanza? —Murmuró Ellen, con los ojos negros brillando de curiosidad.

—¡Parece más bien una especie de hechizo! —dijo Érica, entre una risa y un escalofrío.

Sin embargo, antes de que pudieran sacar más conclusiones, las páginas del libro comenzaron a brillar; se quedaron mirando el libro abierto como hipnotizadas. Una luz dorada y suave, como la de un atardecer, lo cubrió todo. El suelo tembló ligeramente bajo sus pies. Las estanterías vibraron. Y entonces, un viento extraño sopló por los pasillos de la librería.

—¿Qué está pasando? —gritó Dall, intentando cerrar el libro. Pero ya era demasiado tarde.

Entonces, cada una de ellas fue envuelta por un resplandor y por un segundo eterno; todo desapareció: el sonido, el tiempo, el propio suelo bajo sus pies.
Así, el mundo dejó de ser 1982...

Capítulo 1

Londres, primavera de 1812...

Lo primero que Dall sintió fue el frío áspero del suelo bajo su cuerpo. Abrió los ojos despacio, como quien despierta de un sueño extraño, parpadeando varias veces hasta que la realidad a su alrededor comenzó a tomar forma. Pero... ¿qué realidad era aquella?

La joven bibliotecaria llevó las manos al rostro y constató que sus gafas seguían allí. Y, sin embargo, el mundo parecía... distorsionado. Irreal. Las luces de neón y los escaparates modernos de Piccadilly Street habían desaparecido. En su lugar, faroles de hierro emitían una luz mortecina y amarillenta que llenaba la calle con una suave niebla, como si toda la ciudad se hubiera sumergido en una especie de postal antigua. El asfalto liso había dado paso a un empedrado irregular, y el olor... Ah, el olor era una mezcla de tierra mojada, humo de carbón y caballos.

—Dios mío... —murmuró, en voz baja, casi infantil—. ¿Dónde está la librería? ¿Dónde estoy? ¿Y dónde están las chicas?

Aún aturdida, se sentó en el suelo, abrazando las rodillas. Sus ojos recorrieron el entorno con asombro: la librería Hatchards seguía allí, con su imponente fachada y sus altos ventanales, pero algo había cambiado. En realidad... todo había cambiado. Personas pasaban junto a ella vestidas como salidas de una novela de Jane Austen: caballeros con levita y sombrero de copa; damas con vestidos largos, guantes y chales de encaje. Era como si hubiera atravesado una cortina invisible y se hubiera sumergido directamente en las páginas de sus libros favoritos.

"Estaba con Érica, Claudia y Ellen... encontramos aquel libro extraño... hubo una luz... y ahora..." —reflexionó Dall mentalmente.

—Esto solo puede ser un sueño. O me he golpeado la cabeza contra alguna estantería de Hatchards y estoy en coma. Solo puede ser eso. —La rubia habló en voz baja consigo misma.

El repentino ruido metálico de ruedas y herraduras interrumpió sus pensamientos. El sonido se acercaba, feroz, tintineando contra el empedrado. Dall apenas tuvo tiempo de reaccionar. Cuando alzó la vista, una carroza avanzaba velozmente en su dirección, tirada por cuatro imponentes caballos. Se quedó paralizada. La carroza frenó bruscamente.

—¡Mire por dónde anda, señorita! ¿Quiere acabar bajo las ruedas? —Bramó el cochero, envuelto en su capa de lona oscura, con el sombrero de copa ladeado y el rostro crispado de irritación.

Antes siquiera de que Dall pudiera responder, la puerta de la carroza se abrió con firmeza. Un caballero saltó con elegancia. Alto, esbelto, de porte impecable, vestía un traje formal compuesto por levita negra, chaleco claro, corbata de seda estilo ascot, pantalones ajustados y zapatos bien lustrados. Con un gesto cortés, se quitó el sombrero, revelando un cabello oscuro bien peinado, un semblante serio y marcado. Ella lo miró fijamente. Y él... parecía el perfecto galán de una de sus novelas de época.

—Disculpe la grosería de mi cochero, señorita —dijo él, inclinando ligeramente la cabeza—. Permítame ayudarla.

Entonces, con un gesto cortés, le tendió la mano. Dall la tomó con vacilación, sorprendida por su gentileza y, quizá, un poco hechizada por la intensidad de aquellos ojos negros que, por un instante, la contemplaron.

—Gracias, señor... Es usted muy amable —murmuró ella, con la voz entrecortada. Después de todo, estaba confundida y asustada.

—Es lo mínimo que puede hacerse por una dama. Permítame preguntarle: ¿cómo se llama?

—Dahlia Smith... Pero todos me llaman Dall. Y yo... yo...

Ella vaciló. ¿Cómo explicar aquello? ¿Cómo decir que venía del futuro? Que, hacía apenas unos instantes, estaba en 1982 y ahora se encontraba transportada al siglo XIX. Él pensaría, como mínimo, que estaba loca.

—Entiendo, señorita Smitch. —Él habló serio pero cortés al notar su vacilación.

Su mirada descendió hasta sus ropas: camiseta rosa, vaqueros ajustados y bailarinas beige. Por un momento, su expresión pareció vacilar. Retiró su propia levita y, con delicadeza, dio un paso más hacia ella y la colocó sobre los hombros de la joven.

—Permítame, señorita. Pues, con todo respeto, su apariencia... podría causar malentendidos. No es apropiado circular así, sola y... tan expuesta.

—Lo agradezco, pero no tengo frío y tampoco estoy tan expuesta —dijo ella, mientras intentaba retirar la prenda y devolvérsela a su dueño.

—Por favor. —Su voz era firme, pero no grosera—. No se trata del frío; después de todo, estamos en primavera. Es una cuestión de reputación. Las calles de Londres pueden ser peligrosas para una dama sola... y más aún vestida de manera tan inusual.

Ella dudó y, al final, cedió. Recordó que, según sus novelas y libros de historia, las calles del viejo Londres sí eran peligrosas por la noche para una dama sin compañía, y ciertamente ella iba vestida de forma indecorosa para la época.

—En ese caso... agradezco su amabilidad. —Agradeció, algo avergonzada.

—Perdone por no haberme presentado antes: Lord Sebastian de Montrose, Barón de Ravenshire —dijo él, llevando la mano al pecho en señal de cortesía y haciendo una leve reverencia—. A su disposición.

Dall no respondió de inmediato. El nombre, el título... todo resultaba demasiado real. Una parte de ella aún esperaba despertar de repente, quizá en el suelo de la librería, con sus amigas riendo a su alrededor o incluso en el hospital. Pero nada de eso sucedía. Solo el característico sonido de un Londres del pasado.

—Si me dice dónde reside, señorita, puedo llevarla de regreso a casa sana y salva.

Ella dudó una vez más. Claro, no había lugar al que regresar. Sin embargo, tampoco quería ni podía revelarle eso, al menos no de inmediato. ¿Qué pensaría él?

—Yo... vivo... No muy lejos de aquí. Pero puedo ir sola. No quiero causar molestias.

—Perdone mi insistencia, pero no me parece prudente dejarla sola; parece algo confundida y me siento en la obligación, después de que mi cochero casi la atropella. Llamaré una carroza de alquiler, y mi tía seguirá...

Pero, en ese instante, una voz femenina interrumpió el momento como un chasquido de abanico:

—¡Sebastian! ¡Llegaremos tarde al primer baile de la temporada! —Dijo alguien desde el interior de la carroza, con tono irritado y aristocrático—. Como patrona del Almack's, no me gusta perder ni un instante.

Él volvió la mirada hacia la puerta entreabierta de la carroza, con visible esfuerzo por mantener la compostura. Dall lo notó, pero se sintió aún más incómoda al escuchar aquella voz nada acogedora.

—Perdón, tía Beatrice. Pero no puedo abandonar a una dama en apuros, aunque lleguemos tarde.

—Oh, sobrino mío... Jovencitas así, solas por la noche, ciertamente no son damas de la sociedad. No hay necesidad de tantos cuidados y consideraciones.

Dall, sonrojada, apretó los labios. Aún sostenía los hombros con las manos, sintiendo el peso de la levita masculina y la sensación de estar completamente fuera de lugar en aquella situación. Entonces miró a Sebastian y, con un hilo de voz, le habló:

—Por favor... no quiero causar problemas —susurró.

—No está causando ningún problema. Mi tía, a veces, es... impulsiva. —Sebastian miró a Dall con gentileza—. Dígame, ¿dónde puedo dejarla? Me encargaré de conseguirle una carroza.

—Ya le he dicho, no hace falta. —La esperanza de la joven bibliotecaria era estar soñando y despertar en cualquier momento.

—Insisto —respondió él, con más firmeza—. Mi tía podrá continuar perfectamente sin mí. Después de todo, se trata de una emergencia, y ella no es una joven debutante. Es bien conocida y respetada como una de las patronas del Almack's.

"Almack's, el famoso club Almack's... ¿De verdad estoy oyendo esto? Pero... ¿y ahora? Si no acepto... ¿a dónde iré? Y si acepto... ¿qué lugar indicaré como mi casa?"

Capítulo 2

—Permítame, señorita... Smitch —dijo Lord Sebastian, tendiéndole la mano para ayudarla a subir a la carroza de alquiler. Por un instante, dudó levemente, pues, por primera vez, notó que sus manos estaban desnudas, sin los tradicionales guantes femeninos. No era respetuoso tocar así a una dama.

Dall notó su mirada, sospechó que se trataba de la falta de guantes, pero sonrió intentando romper un poco la formalidad, lo que no funcionó demasiado bien. Pues él mantuvo la misma postura formal.

—Puede llamarme Dall. Todos me llaman así. —Ella lo sugirió una vez más.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos? —Él frunció el ceño, arqueó una de sus oscuras cejas y la miró fijamente.

La pregunta, aunque simple, llevaba consigo ese tono de formalidad que dominaba los salones londinenses y que Dall conocía tan bien a través de sus novelas favoritas. Pero allí, ante aquella situación inusual, parecía que su memoria insistía en fallarle en algunos protocolos y no ayudarla. Y como no quería revelar que venía del futuro, era conveniente no cometer demasiados errores.

—Bueno, mis amigos más cercanos —respondió ella, intentando disimular lo extraño de la situación.

—Aun así, no me parece apropiado. No somos parientes, tampoco estamos comprometidos. —Él la ayudó a acomodarse en el asiento forrado de terciopelo, con el mismo cuidado con el que se

manipula una pieza rara de porcelana—. Ah, y discúlpeme por tocarla así, sin guantes.

—Está bien. Mis... mis guantes... Creo que los dejé caer en algún lugar —improvisó, sin mucha convicción.

Dall contuvo la risa al imaginar lo extraña que debía parecer: vestida con vaqueros claros, camiseta rosa y bailarinas beige, bolso cruzado al hombro, ahora envuelta en la levita de un lord, hablando sobre guantes perdidos. Toda la escena parecía sacada de un cuento irónico o de un elaborado delirio. Afuera, el cochero esperaba las órdenes.

—Podemos partir —dijo Sebastian, con voz grave y contenida.

La carroza inició el trayecto, alejándose lentamente de Piccadilly Street. Dall mantuvo los ojos atentos a través del cristal de la ventana, absorbiendo con asombro cada detalle de aquella Londres de siglos atrás: los faroles de gas, los caballeros caminando con sus bastones, las damas con vestidos impecablemente bordados y las carrozas circulando por calles de adoquines irregulares.

—Señorita, ¿a dónde debemos llevarla? —preguntó él, volviendo el rostro hacia ella—. Aún no lo ha mencionado.

—¿Eh? —fue todo lo que consiguió responder, su mente aún perdida entre la realidad y lo irreal.

—Su residencia. ¿Dónde vive? Si no está casada, presumo que vivirá con sus padres o algún hermano... Ya que no he notado alianza en su mano. Las señoritas solteras no suelen vivir solas...

—Yo... vivo en... —Dall vaciló. Pensó en decir su barrio, pero recordó que la Londres que conocía solo reorganizaría sus distritos más de un siglo después, en 1965. Probablemente, la zona donde estaba su residencia ni siquiera existía aún—. Espere... ¿En qué año estamos?

Sebastian, una vez más, frunció el ceño antes de mirarla con una expresión intrigada y responderle. Incluso, Dall observó lo atractivo que resultaba cuando hacía aquella expresión.

—Estamos en el año 1812, señorita. Bajo el reinado de Su Majestad, el Rey George III de la Casa de Hannover. Actualmente, en Regencia, liderada por Su Alteza Real, el Príncipe George, su hijo.

La naturalidad con la que él dijo aquello lo confirmaba todo. No era una escenificación. No era teatro. Ella estaba, de hecho, en el pasado. Su corazón se aceleró.

"Estoy realmente en el pasado y he aterrizado justo en el período de la Regencia... Si esto es un sueño... que sea dulce. Si es una locura... que no implique un manicomio."

—Escuche, señorita Smitch —dijo él tras una pausa—. Está claro que algo la aflige. Percibo que quizá no desea compartir el motivo de su desasosiego. Pero, sea lo que sea, parece que no tiene adónde ir...

—En cierto modo, tiene razón, Sebastian... perdón... Lord Montrose... Estoy un poco... —Dall, además de hablar con timidez, tuvo que corregirse rápidamente al tratarlo por su nombre de pila. Aunque le resultaba extraño llamarle de forma tan formal a alguien que parecía tener una edad cercana a la suya, si no contaba la diferencia de vestimenta clásica.

—Bien, como caballero, no puedo dejarla así, a merced de la noche. Más aún a usted, que parece ser una buena persona. Por eso, le pido que acepte mi hospitalidad. Permítame llevarla a la Mansión Montrose. —Él la interrumpió, en un gesto de caballerosidad, ahorrándole dar explicaciones.

—¿Su casa? —Dall ajustó sus gafas sobre el rostro, observándole con genuino asombro.

—Sí. Allí podrá descansar y recuperarse. Estará bajo mi protección, con total respeto por parte de todos... especialmente por la mía. Después de todo, mi carruaje casi la atropella.

—Milord... Entiendo que fue un incidente. Además... ¿y su tía? Su voz no sonó precisamente... receptiva hacia mi persona ni hacia la situación... —Ella dudó al hablar, entrelazando las manos sobre el regazo.

—No se preocupe por mi Lady Beatrice; en realidad, es viuda de mi difunto tío —respondió él, con una leve sonrisa asomando en sus labios—. Es viuda, de temperamento exigente, y se ha empeñado en que debo elegir esposa en esta temporada. De ahí su insistencia en mi presencia en los bailes. Pero quien decide eso... soy yo.

—Entiendo... —Dall fijó la vista en sus propias manos, pensativa. La propuesta era, de hecho, tentadora y realista. No tenía adónde ir, ni dinero, y sus monedas y tarjetas serían inútiles allí. La alternativa era vagar por una Londres del siglo XIX, de noche, vestida como una desquiciada. Era más seguro aceptar... y quizá, más sensato.

—Está bien, señor... Lord Montrose. Acepto con gratitud. Pero, por favor, no quiero causar molestias. —Habló aún algo avergonzada por la situación.

—Ninguna molestia —respondió él con convicción, antes de dar un suave golpe en el techo de la carroza—. A la Mansión Montrose, cochero.

—Pero... Sé que ya le he causado molestias esta noche. Lo siento mucho por ello —dijo ella, en voz baja.

—Al contrario, señorita Smitch. Usted me ha salvado. La mayoría de las veces, detesto los bailes... y aún más ser forzado a acudir a ellos en busca de esposa. Esa presión me incomoda. Aunque sé que debo... eventualmente... tomar esa decisión. Así que... cuanto antes, mejor.

Ella lo observó con más atención esta vez. Había algo en su tono, un matiz de tristeza sutil que, hasta entonces, no había notado. Una sombra que se insinuaba tras sus ojos oscuros. Optó por no comentar nada. Al fin y al cabo, eran prácticamente unos desconocidos. Pero su curiosidad despertó.

"Parece tener unos veinticinco años... Tan joven, tan formal... y parece tener ojos tristes. ¿Será solo una impresión mía? Tal vez sea simplemente la rigidez de la sociedad londinense y del siglo en el que vive..."

Sebastian, en efecto, mantenía la compostura de un noble caballero, pero había en sus ojos negros una especie de sombra, una densidad en la mirada que no parecía ser solo formalidad. Y, por primera vez desde que fue consciente de estar atrapada en otra época, Dall sintió algo más fuerte que miedo o confusión. Sintió un interés legítimo, una especie de curiosidad por saber algo más sobre la vida de aquel apuesto caballero del passado.

Capítulo 3

A pesar de la breve conversación y del tono cortés de Lord Sebastian, Dall aún se sentía incómoda. No exactamente asustada... pero sí, perturbada. Su presencia era imponente, elegante e intensamente real. El tipo de caballero que, hasta entonces, solo existía en sus lecturas nocturnas. Para disimular el nerviosismo, ante toda aquella situación inusual, se volvió hacia la ventana de la carroza y dejó que sus ojos vagaran por las calles. Y fue entonces cuando sintió que la emoción crecía en su pecho, como una niña ante un sueño hecho realidad.

"No puede ser... Conozco estos lugares. Al menos... a través de las páginas de los libros..."

La carroza avanzó por los márgenes de Hyde Park, donde, durante el día, era el lugar para ver y ser visto; parejas y grupos de damas solían pasear en largas caminatas silenciosas, protegidas por sombrillas y por las convenciones sociales. Pero ahora, ya entrada la noche, el parque no era más que un lugar lleno de sombras y, hasta cierto punto, traicionero: tranquilo, con árboles de copas frondosas y troncos gruesos, lo que, salvo en noches de luna, hacía que la iluminación a gas no fuera del todo eficiente. A esas horas, posiblemente, era incluso peligroso para gente de bien.

Pronto, entraron en Half Moon Street, estrecha y elegante, repleta de hospederías discretas y ventanas con cortinas bordadas. El silencio allí era respetuoso, como si las paredes guardasen antiguos secretos. Pocos minutos después, giraron a la izquierda por Curzon Street. Dall contuvo la respiración. Al otro lado del cristal, imponentes mansiones georgianas se alineaban como centinelas silenciosas, con sus columnas de mármol, fachadas simétricas y

jardines cuidadosamente recortados. Sebastian notó la mirada extasiada de la joven.

—Disfrute de la vista, señorita. Mayfair, por la noche, tiene su encanto —dijo con una leve sonrisa—. No es apropiado para una dama caminar sola por estas calles. Pero, aquí dentro conmigo, está a salvo.

—Usted es un perfecto caballero, Lord Montrose. De hecho, me siento... protegida —respondió, conteniendo su verdadero pensamiento: y ligeramente desconcertada.

—Lamentablemente, sin embargo, estamos en una carroza cerrada y sin una acompañante para usted. Puede que no lo parezca, pero... es algo susceptible de rumores.

Dall sonrió para sí misma. Si fuera solo una lectora de novelas contemporáneas, habría pensado que aquello era una exageración. Pero, como amante de los libros de época, sabía bien el escándalo que un simple paseo en una carroza cerrada podría causar a la reputación de una joven.

"Ah, claro... como en El Duque y la Novicia, de Karina Bezerra..." — El recuerdo la hizo sonreír discretamente.

—En fin, hemos llegado —anunció Sebastian al mirar por el cristal de la carroza.

La carroza desaceleró. Dall sintió cómo los caballos frenaban, el ruido de las ruedas suavizándose hasta detenerse. Un escalofrío le recorrió la nuca. Estaba a punto de conocer una auténtica mansión de la aristocracia británica... por dentro. Entonces, la puerta de la carroza fue abierta por el cochero, que colocó un pequeño escalón de madera justo enfrente. Sebastian descendió primero, con natural elegancia, y luego le tendió la mano. Ella la aceptó. Sus dedos, aún sin guantes, tocaron los de él con ligereza. Él intentó disimularlo.

—Sea bienvenida a la Mansión Montrose, señorita Smith. Siéntase libre de quedarse el tiempo que necesite. Imagino que... tendrá que poner sus pensamientos en orden. —Ya de pie fuera de la carroza, habló y extendió el brazo en dirección a la puerta principal, que daba acceso al jardín de entrada de la mansión, en un gesto de cortesía.

—Le agradezco inmensamente, Milord. Pero... ¿y su tía? No creo que vaya a apreciar la presencia de una desconocida bajo su techo. —Ella se ajustó las gafas, inquieta.

—No se preocupe por mi tía Beatrice, ya le dije. Soy el heredero de la casa y, además, ella me ha concedido ciertos caprichos desde que regresé de mi último viaje. Con la esperanza de que permanezca en Londres y, como desea, elija una esposa adecuada esta temporada.

—Oh... Entiendo. —Tragó saliva—. Le estaría muy agradecida si pudiera dormir... en el ala del servicio. No quiero causar incomodidad.

—¿En el ala del servicio? Perdón, no entiendo. —Él la miró intrigado una vez más.

—Ah, disculpe. Me refiero a la zona de los criados... en el ala de los criados. —Dall se ajustó las gafas y corrigió lo dicho.

—¿¡Ala de los criados!? ¡Qué disparate! Con todo respeto hacia mis sirvientes —dijo él, con un leve aire de indignación—, pero usted es mi invitada. Y los invitados no se alojan con los criados. Ahora, por favor... entremos. —Le ofreció el brazo.

Dall, dudando por un segundo, acabó aceptándolo. La carroza ya se había marchado. Estaban solos junto al portón principal, y ella realmente no tenía adónde ir. Sebastian tocó el timbre de bronce junto al portón de hierro. Pocos instantes después, un criado con uniforme gris apareció para recibirlos, con una reverencia breve y silenciosa.

—Buenas noches, Milord. —Un joven con uniforme gris surgió para abrir el portón e hizo una reverencia.

—Buenas noches, Thomas. —El Lord lo saludó con cortesía.

Al atravesar el portón, Dall se encontró con un jardín iluminado por las luces trémulas de pequeños faroles de gas, similares a la iluminación pública, un lujo que pocos podían permitirse. El perfume de las flores de primavera se mezclaba con el aroma de la tierra húmeda y el rocío nocturno. El césped estaba perfectamente cortado, los parterres eran simétricos y los arbustos ornamentales estaban esculpidos con precisión. Hermosos rosales, en el centro, una fuente redonda, donde un surtidor en forma de delfín vertía agua. Algunos bancos estaban distribuidos en posiciones estratégicas a lo largo del jardín, y un camino de piedra conducía desde el gran portón, que daba a la calle, hasta la puerta principal de la mansión.

"Parece un cuadro de época... pero esta vez estoy dentro de él... imagina lo mágico que debe ser leer una buena novela aquí, en este jardín. Rodeada por el perfume de las flores, por el canto de los pájaros y la música suave del agua brotando de la fuente..."

A lo lejos, la fachada de la mansión se revelaba imponente, con columnas redondas de mármol blanco, ventanas altas y verticales, y el aire aristocrático de quien ya ha visto generaciones nacer y morir entre sus paredes. Ella se detuvo por un instante, asombrada, con los ojos agrandados detrás de las lentes de sus gafas. Sebastian lo notó. Pero no comentó nada. Solo continuó guiándola en un respetuoso silencio. La historia de ella en aquella casa, tan absurda como mágica, apenas comenzaba.

Capítulo 4

El antiguo reloj del salón marcaba suavemente las horas de la noche cuando Dall atravesó la entrada principal de la Mansión Montrose junto a Lord Sebastian. El interior de la casa estaba en silencio y daba a la joven la impresión de que, detrás de cada mueble o cortina, algún criado la observaba discretamente. No había luz de gas en el interior de la mansión; los faroles de gas se limitaban al jardín. En su lugar, altos candelabros con velas titilantes proyectaban sombras elegantes en las paredes, mientras el suelo de madera encerada crujía bajo sus pasos. Dall, con sus bailarinas, temió por un instante resbalar y pensó cuán embarazoso sería, en caso de emergencia, tener que apoyarse en Sebastian.

"No tropieces, no resbales... ¿Te imaginas tener que agarrarte de tu solemne anfitrión para no acabar desparramada en este suelo?"

—Perdón, Milord, pero... ¿necesita algo? —preguntó una voz masculina cercana.

Era el mayordomo. De mediana edad, expresión solemne, vestía un uniforme gris oscuro impecable. Su mirada discreta, entrenada para no expresar sorpresa, aun así revelaba una ligera perplejidad ante el inesperado regreso del barón, y más aún acompañado por una dama desconocida y con ropas tan inusuales.

—No, Mr. Butler —respondió Sebastian, entregándole su levita, el sombrero de copa y el bastón—. Un imprevisto me hizo regresar y he traído conmigo a esta señorita.

Junto al mayordomo, apareció una doncella de ojos atentos y rostro juvenil, que observó a Dall de arriba abajo, deteniéndose especialmente en sus gafas de montura cuadrada y en sus extrañas

ropas. Su expresión osciló, por un breve instante, entre la sorpresa y el juicio, pero pronto volvió a la neutralidad.

—Ms. Hayworth —dijo Sebastian, con tono tranquilo pero firme —, lleve a la señorita Smith al dormitorio de invitados en la misma ala que el mío y el de mi tía Beatrice. Se hospedará con nosotros.

—Sí, Milord —respondió la criada, inclinando respetuosamente la cabeza. Lanzó otra mirada curiosa a Dall antes de hacer un discreto gesto con la mano para que la siguiera.

—Milord —intervino Dall, algo incómoda—. Le agradezco por todo, pero perfectamente podría quedarme con los criados... realmente no quiero causar molestias.

—De ninguna manera —respondió Sebastian, amable pero categórico—. Usted es mi invitada. Y los invitados no se alojan con la servidumbre.

"No me parece un snob" —pensó Dall, siguiéndolo con la mirada—. *"Simplemente... sigue las reglas de su época. Quizá sea mejor aceptar por ahora. Pero mi intención es precisamente no ser notada por su tía..."*

Mientras atravesaba los silenciosos pasillos de la mansión, el sonido de sus pasos, por más que intentara pisar con suavidad, resonaba en el suelo. Las paredes estaban decoradas con retratos enmarcados de solemnes antepasados: caballeros con pelucas blancas, damas con vestidos de satén y expresiones austeras. Llegaron entonces frente a una puerta alta y blanca, con tallados florales dorados. La criada la abrió con suavidad.

—Este es el cuarto de invitados indicado por el barón, señorita. Espero que sea de su agrado. —La criada abrió la puerta, extendió el brazo e hizo un gesto respetuoso, indicando a Dall que entrara.

Dall cruzó el umbral con los ojos muy abiertos.
Era como entrar en una pintura antigua. La cama con dosel, adornada con cortinas azul celeste y cojines bordados; el papel pintado con arabescos delicados en tonos dorados y azules; la coqueta ornamentada con un espejo tallado; las amplias ventanas, con vistas al jardín florido que había cruzado hacía poco. El perfume de lavanda se mezclaba con el aroma de la madera encerada.

—Muchas gracias... ha sido muy amable por parte del barón permitirme quedarme.

La criada dudó antes de responder. Después de una breve reverencia, murmuró en voz baja:

—Creo que... Milady Beatrice, la tía de Milord, no va a apreciar esta sorpresa, pero... —Se detuvo, dándose cuenta de que había hablado de más—. Perdón, que tenga una buena noche, señorita. — Y salió rápidamente, cerrando la puerta con discreción.

Sola, Dall giró lentamente sobre sus talones, absorbiendo cada detalle. Se sentó con cuidado al borde de la cama, deslizando los dedos por la fina colcha. Todo era tan real. Se quitó las bailarinas, dejó el bolso cruzado—que por suerte seguía en su hombro cuando hojeó aquel misterioso libro—sobre un elegante baúl a los pies de la cama. Se despojó de los vaqueros, mantuvo la camiseta, apartó las cobijas, se acostó de lado, encogió las piernas y se abrazó a sí misma.

"Dios mío... realmente estoy aquí. ¿O será un sueño demasiado vívido?"

Entonces, el sueño llegó más rápido de lo que imaginaba. Un sueño profundo, cargado de dudas, de encanto y de preguntas sin respuesta. Pero, cuando horas después, la suave luz de la mañana atravesó las cortinas de lino, tiñendo la habitación de un dorado tímido, despertó a un nuevo día y a lo que parecía... una nueva vida.

Capítulo 5

Dall despertó lentamente, como si el sueño aún quisiera retenerla en un mundo de imágenes confusas, donde el ayer parecía demasiado improbable para haber sido real. Abrió los ojos despacio; se había quedado dormida con las gafas puestas sin darse cuenta. Parpadeó varias veces, como si buscara confirmar que el lugar donde despertaba realmente existía. Sí, aún estaba allí. En una cama blanda, de dosel claro y cortinas azul celeste que se mecían suavemente con la brisa de la mañana. La habitación tenía una elegancia discreta, con muebles de madera oscura, paredes revestidas de tela con arabescos y detalles florales en los espejos y tiradores. La luz del sol entraba generosa por las amplias ventanas, que había olvidado cerrar, revelando un cielo limpio y primaveral.

"Por lo visto no fue... y no es un sueño... todo es real..."

Entonces, se sentó despacio en la cama, aún solo con la camiseta con la que había dormido y el cabello suelto, y miró a su alrededor. Cada objeto parecía una reliquia salida de una de sus novelas favoritas. El espejo ovalado sobre la coqueta, la alfombra en tonos burdeos y la butaca frente a la chimenea apagada. Así, pensó:

"Estoy realmente en el siglo XIX... y Érica, Claudia, Ellen... ¿dónde estarán? ¿Se habrán quedado en la librería? ¿Estarán en el mismo siglo que yo... o en otro?"

Dall intentó recordar el momento exacto en que había cruzado aquella frontera invisible. La librería, el libro extraño, la luz dorada, el resplandor... y entonces, la calle. El ruido de los cascos de los caballos y él: Lord Sebastian. El recuerdo del

caballero surgió nítido. La forma en que la miró, con una mezcla de asombro y gentileza. Cómo la ayudó a levantarse, cómo le ofreció refugio... Su voz firme y educada. Su presencia fuerte. Sin embargo, sus pensamientos fueron interrumpidos por un suave golpe en la puerta.

—Con permiso, señorita... —dijo una voz femenina al otro lado. El pomo giró discretamente, revelando a una criada de unos cincuenta años, con un delantal limpio y cofia blanca—. El señor barón pidió que dejáramos el desayuno en su habitación. Dijo que deseaba que descansara cuanto necesitara.

—Ah, muchas gracias por la amabilidad. —Dall respondió educadamente, mientras se imaginaba a sí misma como una auténtica heroína del período de la Regencia, recibiendo el desayuno en la cama.

La bandeja fue colocada sobre una mesita cerca de la ventana. En ella había una fina taza de porcelana azul con té de jazmín humeante, panecillos con mantequilla, un pequeño tarro de mermelada oscura y una tetera plateada. Dall observó todo aquello y se dio cuenta de que tenía hambre; su última comida había sido té negro con galletas de mantequilla, aún en la Hatchards.

—Si necesita algo, estaré a su disposición. Solo tiene que tirar de la cuerdecita al lado de la cama. —La criada hizo una pequeña reverencia y salió sin esperar respuesta.

La joven bibliotecaria se quedó allí por unos instantes, mirando la bandeja. Luego, lentamente, se levantó, caminó hasta la silla cercana, aún vistiendo solo su camiseta rosa arrugada de la noche, y se sentó para tomar el té. Bebió en silencio, con la mirada fija en la ventana, intentando asimilarlo todo una vez más. Al terminar el desayuno, completó su atuendo con las únicas piezas que tenía: sus vaqueros claros y

sus bailarinas desgastadas. Todo desentonaba en aquel ambiente de encajes, sedas y porcelanas. Se acercó a la ventana, apartó las cortinas con delicadeza y, al ver el jardín a la luz del día, sintió ganas de llorar. Nunca había visto un lugar tan hermoso en plena mañana.

—Qué magnífico... —Dall exclamó boquiabierta.

Los rosales formaban pequeños corredores en medio del césped cuidadosamente recortado y, en el centro del jardín, había una fuente de mármol claro con peces esculpidos. Mariposas y colibríes danzaban entre las flores. Arbustos de lavanda se mecían suavemente al viento. Y al fondo, columnas de hiedra se entrelazaban bajo un cenador de madera. Aquello era real.
Aquello era lo que siempre había soñado, tantas veces, mientras leía sus novelas de época a la luz de la lámpara, rodeada de páginas, té y nostalgia de algo que nunca había vivido. Apretó las manos contra el pecho. Le gustaría mucho bajar. Sentir el aroma de las flores. Caminar por aquel jardín encantado. *Pero... ¿debería*?

"¿Sería descortés de mi parte bajar un poco para disfrutar de este jardín? ¿Debería quedarme aquí en la habitación y esperar la invitación de Lord Sebastian o de la baronesa para bajar?"

Sin embargo, había algo en aquella mañana, en aquella luz, en aquel perfume dulce... que la llamaba.
Como si el jardín la estuviera esperando. Dall respiró hondo, cruzó la habitación y abrió la puerta con cuidado, el corazón acelerado, como una niña a punto de cometer una travesura. El pasillo estaba en silencio. Los criados parecían demasiado ocupados con su propia rutina como para notar su presencia. Bajó los escalones con cuidado, mirando a su alrededor con ojos curiosos y el corazón latiendo deprisa. Al llegar al vestíbulo, cruzó el suelo de

mármol claro, empujó la puerta doble de cristal y salió al jardín.

La brisa ligera acarició su cabello. El sol le besó el rostro. Allí estaba ella, en medio de un sueño que ahora tenía olor a tierra húmeda y a rosas rojas. Siguió por los senderos, pasando sus delicados dedos, encantada, por los pétalos. Estaba tan inmersa en aquel instante que ni siquiera se dio cuenta de que, desde las ventanas del piso superior, alguien la observaba en silencio.
Alguien que, al verla allí, entre flores y luz del día, tan distinta de como la encontró caída la noche anterior, pensó que quizás…

La estación de primavera tenía un propósito más profundo de lo que jamás habría imaginado.

Capítulo 6

Dall parecía una niña que visitaba por primera vez un parque de atracciones; giraba entre los rosales con la ligereza de quien intenta memorizar el perfume y eternizar el momento. Se acercó a la fuente de mármol en el centro del jardín y se detuvo a contemplar el agradable sonido del agua brotando bajo la luz dorada del sol. La brisa de primavera acariciaba sus mejillas sonrosadas y, por un instante, olvidó el mundo, el tiempo y todo lo que no fuera aquel escenario perfecto. Se inclinó para tocar un pétalo rojo y cerró los ojos por un instante, aspirando el perfume. Era como vivir un fragmento de una de esas novelas que solía leer en los días lluviosos de sábado, acompañada de una humeante taza de té... pero, esta vez, ella estaba dentro de la historia.

—Así que es cierto... —dijo una voz femenina, fría como el mármol de una fuente en los días de invierno.

La joven se giró rápidamente, sobresaltada, y se encontró de frente con una señora vestida de gris oscuro, el busto rígidamente ajustado por un corsé, un chal de encaje reposando sobre sus hombros y una expresión que mezclaba desprecio e incredulidad. Era Lady Beatrice. La baronesa viuda, tía del hombre que la hospedaba y cuya reputación intimidaba incluso a los criados más antiguos, que susurraban su nombre con respeto contenido.

—Así que es cierto que mi sobrino ha cometido la insensatez de traer a una desconocida dentro de la Mansión Montrose. —Cruzó las manos delante del cuerpo y lanzó una mirada de arriba abajo a las ropas de Dall—. Una joven sin linaje, de apariencia exótica, con un atuendo aún más extraño,

que probablemente se lanzó delante de nuestra carroza a propósito para causar una situación o crear una obligación moral con el Barón de Ravenshire...

Dall intentó retroceder un paso, pero recordó que debía ser valiente y se mantuvo firme, aunque temblara por dentro. Además, no podía creer lo que aquella mujer estaba insinuando. Su corazón se aceleró, pero su voz salió serena.

—Perdón, pero no pedí refugio, milady. Su sobrino lo ofreció. Y no, no me lancé delante de la carroza a propósito, si es eso lo que está insinuando. Ni siquiera lo conocía. De hecho, incluso me ofrecí a quedarme en el ala de los criados, pero Lord Montrose no lo permitió.

Lady Beatrice arqueó una ceja al escuchar aquello. Convencida de que Dall no solo se había arrojado frente a la carroza, sino que ahora intentaba hacerse la víctima al percibir el buen corazón de Sebastian. Pero eso no quedaría así. Porque la familia Montrose, aunque casi en extinción, no permitiría la llegada de una desconocida sin cuna para mancillar la estirpe.

—¡Vaya! No me diga que desconoce completamente quién es Lord Sebastian de Montrose, el Barón de Ravenshire. Uno de los solteros más codiciados de la temporada. Un heredero noble, educado, con un corazón que, aunque melancólico, es demasiado grande como para ver las trampas que lo rodean.

—No lo conocía, créame, milady. Nunca había oído su nombre ni su posición. —Dall habló con firmeza, aunque sus manos temblaban ligeramente, escondidas bajo el dobladillo de su camiseta rosa.

—¡Absurdo! —exclamó la baronesa—. Una joven de su edad, sin anillo, sin acompañante, aparentemente sin familia, sin carta

de presentación y con... cielos, ¡esos pantalones! —Se llevó una de sus manos enguantadas al pecho, como si le faltara el aire—. ¿Y pretende hacerme creer que no sabía con quién hablaba? ¡Vaya, seguro que ya lo observaba o incluso estaba al acecho de la primera carroza con escudo que pasara por Piccadilly Street!

Dall sentía la humillación, causada por el desprecio que aquella mujer lanzaba en cada mirada y en el peso de sus palabras. Aun así, no cedió. Dio un paso al frente, encarando a la mujer con respeto, pero sin servilismo.

—Comprendo sus sospechas. Pero puedo garantizarle: no soy una amenaza para su sobrino ni para la estirpe de la familia Montrose. Soy solo alguien común, que estuvo a punto de ser atropellada y que su sobrino, de buen corazón, acogió por un tiempo... tiempo que deseo que sea breve, pues no quiero causar molestias.

—Vaya... hasta habla como una lady —murmuró Lady Beatrice, sorprendida—. Pero nadie se convierte en una dama solo por querer parecerlo. La sangre... La sangre no miente.
Antes de que pudiera continuar, una nueva voz cortó el aire, con tono firme pero educado. Dall sintió una sombra acercarse por detrás. Lo que le dio, de inmediato, una extraña sensación de seguridad, incluso antes de ver de quién se trataba.

—¡Basta! Tía Beatrice...

Lady Beatrice se volvió, sorprendida, al ver a su sobrino aproximarse por el sendero de grava, vestido con ropa clara de paseo y una expresión que no solía mostrar en público.

—¡Sebastian! No me digas que presenciaste toda esta escena, que estabas observándonos desde lejos.

—Presencié lo suficiente. La señorita Smitch es mi invitada. Y, como bien sabe, esta casa me pertenece. Tengo derecho a

ofrecer refugio a quien desee. Más aún a una señorita, que no parece ser una mala persona, sino una joven desamparada y confundida.

—Una cosa es ofrecer refugio, Sebastian. Instalar a una desconocida —sin linaje, sin apellido, sin vestimenta adecuada— en la misma casa donde reside su tía, en nuestra principal habitación de invitados, ¡es algo completamente diferente! —Alzó el mentón—. ¡Nos avergonzará cuando alguien de nuestro círculo social la vea!

—No creo que eso suceda, pero si eso es lo que le preocupa, mañana mismo irá a la modista acompañada de una de nuestras criadas de confianza. Me encargaré personalmente de obsequiarle un nuevo guardarropa, digno de la familia y de la casa donde se hospeda —Sebastian habló serio, como era costumbre.

—¿Vas a vestirla como a una lady? —La mujer preguntó, abriendo los ojos—. ¿La llevarás a mi modista?

—Por supuesto. Si está bajo mi protección, tenemos suficiente dinero y, hasta ahora, ella parece comportarse mejor que muchas de la nobleza. —Sebastian dio un paso al frente, colocándose ahora entre su tía y Dall—. Y si tanto desea que elija esposa esta temporada, quizá deba considerar que lo último que necesito es su presión y sus juicios. De lo contrario... desistiré de todo. No elegiré ninguna esposa. Volveré a viajar como hice antes. ¿Y la estirpe? Que se pierda en la niebla de su obstinación.

La baronesa palideció. La amenaza era seria. Sebastian rara vez hablaba con aquella firmeza y no era hombre de pronunciar palabras vacías. Durante algunos minutos reinó un pesado silencio. Por fin, Lady Beatrice cerró el abanico con un chasquido, alzó el mentón y dijo:

—Hagan lo que quieran. Después de todo, mi difunto marido era rico y usted, como su sobrino, lo ha heredado todo; tiene de sobra. Así que no seré yo quien impida su nuevo... proyecto de caridad. Pero que esto no recaiga sobre mi nombre. —La mujer habló con tono de desdén, mientras se abanicaba.

Entonces, con el andar impecable de quien fue educada desde la cuna para no mostrar debilidad, la elegante señora abandonó el jardín. Sebastian soltó un largo suspiro y se volvió hacia Dall, que aún sujetaba con fuerza el borde de su camiseta, en un gesto instintivo de protección. La rubia estaba muy avergonzada, pues no había tenido la intención de causar una desavenencia familiar.

—Perdone a mi tía. A veces habla más de la cuenta... Pero, en el fondo, tiene un corazón que merece la pena conocer. Algún día... tal vez. —Sebastian también se disculpó, visiblemente incómodo, y Dall solo asintió, aún con el corazón acelerado.

—Lo entiendo; aun así, me siento incómoda. No era mi intención.

—No tiene por qué preocuparse. Está a salvo aquí y será tratada como merece.

—Gracias por defenderme. —Ella habló y lo miró a los ojos por un breve instante. Algo que había estado evitando hacer.

—Solo hice lo que cualquier caballero haría. —Él sonrió levemente—. Y, como ya le dije, usted es mi invitada.

—Lo entiendo, Lord Montrose, y le agradezco por ello. Pero quiero decirle que no necesito un guardarropa completo. En realidad, no puedo aceptar un regalo tan generoso. Me bastaría con algunos vestidos usados de la servidumbre, ya que no tengo nada apropiado para circular por la casa... y por los jardines.

—De ninguna manera. Insisto, señorita. —Sebastian habló con seriedad, mientras alzaba la mano extendida hacia Dall.

Capítulo 7

Dall bajó la mirada por un instante, jugueteando nerviosamente con el borde de su blusa, que ya empezaba a parecerle un poco fuera de lugar incluso a ella misma. Sebastian y ella seguían allí, de pie, en medio del jardín, frente a frente.

—Estoy... confundida —confesó tras un momento de silencio—. No sé exactamente cómo he acabado aquí. Pero... gracias por dejarme quedarme. A pesar de no querer causar desavenencias familiares. Lamentablemente... no tengo adónde ir. —Dall confesó, avergonzada. Pero no se sintió preparada para contar toda la verdad, solo se expresó a medias, y Sebastian, como el caballero generoso que era, lo percibió.

—No necesita tener adónde ir, ni tampoco contar su historia hasta que se sienta cómoda o... hasta que su mente recupere la claridad, pues parece algo confusa; temo que fue la caída sobre aquel suelo de piedra. —respondió él, con voz grave y serena—. Pero mientras esté en esta casa, será tratada con respeto y dignidad. Como una dama.

Ella alzó el rostro hacia él, sorprendida. Había sinceridad en cada palabra, y más aún: había una gentileza sin obligaciones, sin parecer tener segundas intenciones. Algo rarísimo en las personas de su tiempo, de su época, y más aún tratándose de alguien del sexo masculino.

—Aun así... le agradezco por todo... —murmuró, vacilante —. De verdad, gracias. Pero no quiero ser una carga ni motivo de desavenencias, por eso intentaré evitar al máximo a la baronesa en esta mansión tan grande.

Sebastian la observó por un instante, con el rostro tranquilo pero la mirada atenta. Entonces, con un leve gesto, caminó hasta el borde de la fuente y apoyó una de sus manos sobre el mármol. Luego, se sentó y le hizo un gesto para que Dall se sentara a su lado.

—Me alegra que me permita ayudarla, señorita Smitch. Pues si alguien a quien yo amase estuviera en su situación, me sentiría muy feliz de que encontrara a un caballero que la ayudase con respeto, sin manchar su reputación ni pedir nada a cambio. —Habló con seriedad, pero su voz y su mirada parecían intentar disimular a toda costa una leve emoción—. Así que, por favor... no sea orgullosa.

—No se trata solo de orgullo —murmuró Dall—. Es que... no estoy acostumbrada a recibir tanto. Nunca tuve hermanos y solo tengo parientes lejanos.

—Pues entonces... quizá sea hora de acostumbrarse. —Dijo él, en un tono que pretendía ser amable, pero que trajo un inesperado calor a las mejillas de Dall.

Ella intentó desviar la mirada, pero la sonrisa de lado que comenzaba a dibujarse en los labios de él la hizo volver los ojos hacia su rostro. Era un rostro alargado, hermoso, masculino, con unos ojos negros profundos.

—Además —continuó Sebastian, con un tono más ligero—, mi tía puede parecer severa, pero... créame, la he visto ser bondadosa. En raras ocasiones, pero sí. En el fondo, creo que solo teme perder el control de las cosas que todavía puede controlar. Y su presencia aquí, tan inesperada y tan diferente... la ha desestabilizado.

—Creo que sí. Yo también me desestabilizaría si, en plena primavera del período de la Regencia, una desconocida prácticamente cayera del cielo en mi jardín... usando vaqueros y

diciendo cosas incoherentes. —Dall soltó una risita y se ajustó las gafas.

Sebastian, al oír aquello, arqueó una ceja y pareció confundido, sin entender algunas de las palabras a las que ella se refería. La joven lo notó, tragó saliva, pues, si no quería revelar toda su historia en ese momento, tendría que ser creativa en su explicación.

—¿Vaqueros? ¿Cayó del cielo? Disculpe... pero ¿qué son esas cosas a las que se refiere? —preguntó él, curioso.

—Bueno... vaqueros es el nombre de la tela del pantalón que llevo puesto. —Dall se corrigió rápidamente, llevándose una mano a la boca—. Perdón, es... un nombre poco conocido. Y caer del cielo... fue solo una expresión coloquial.

—Nunca había oído hablar de eso; de hecho, nunca he visto a una señorita usando pantalones masculinos. Si me permite, roza la indecencia, pero... mañana mismo resolveremos eso. Además, estoy seguro de que no es usted alguien indecente y debe haber una explicación para el uso de una prenda tan... inusual. —Dijo él, con un brillo en los ojos que sonaba más personal que formal.

Por un instante, quedaron en silencio, pero luego, él sonrió a Dall con un cierto aire de complicidad, y ella le devolvió la sonrisa. El sonido del agua de la fuente llenaba el espacio entre ellos. La luz del sol calentaba el aire, y la brisa traía consigo el perfume de las rosas. Dall respiró hondo.

—Entonces... ¿está seguro? —preguntó, vacilante—. ¿Está decidido que mañana iré a la modista?

—Lo está. —respondió él con gentileza—. Mañana por la mañana, una carroza estará a su disposición. Una de mis criadas de confianza, Mrs. Brown, la acompañará. Solo tiene

que elegir las telas, los modelos... y dejarse cuidar un poco. No se trata de un favor. Es un gesto de cortesía.

—Muy bien, Lord Montrose. Mañana temprano estaré lista para ir a la modista. —Dall sonrió amablemente y habló con firmeza.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Dall despertó con el suave perfume de las gardenias y el canto de un jilguero posado en la rama de un frondoso árbol cercano a su ventana. La joven se estiró, miró hacia la ventana de cristal abierto y sonrió; parecía una mañana mágica, de esas en las que el sol parece sonreírte, anunciando que cosas buenas están por venir. Dall iba a empezar a vestirse con lo que tenía disponible, usando sus vaqueros claros y su camiseta, pero recordó que una simpática criada le había prestado un vestido la noche anterior y agradeció mentalmente, pues no quería llegar a la modista ya escandalizando con su ropa. Así que se puso el vestido sencillo, recogió el cabello con una cinta encontrada en uno de los cajones del tocador, improvisando un peinado. Sabía que sería escandaloso para una mujer llevar el cabello suelto en la calle.

Poco después, escuchó un leve golpe en la puerta.

—¿Señorita Smitch? —era la voz de la criada que la acompañaría—. La carroza está lista. Lord Sebastian aconsejó que no nos retrasáramos, pues la modista es exigente y famosa.

—Claro, ya estoy lista. Podemos irnos. —Dall, ya vestida a la moda, aunque de forma muy simple, dio una última mirada al espejo antes de dejar la habitación y le gustó lo que vio.

La bibliotecaria bajó los escalones con paso apresurado y, al llegar al vestíbulo, fue guiada hasta una carroza oscura, elegante, con el escudo de los Ravenshire, tirada por cuatro caballos castaños. La criada, llamada Mrs. Brown, era una mujer de mediana edad, seria, pero de ojos bondadosos y con una

actitud casi maternal. Al acomodarse junto a Dall, sonrió levemente, como si supiera que la joven estaba insegura y lo que aquella mañana representaba para ella.

—La señorita lo hará muy bien —dijo mientras el vehículo iniciaba su trayecto por las calles adoquinadas.

Dall solo asintió, mordiéndose el labio. Estaba ansiosa. Curiosa. Encantada. Era una mezcla de sensaciones.

El atelier de la modista se encontraba en un encantador callejón de Mayfair, con una fachada color crema y ventanas acristaladas. Sobre la puerta, una discreta placa en letras cursivas decía: *Madame Léontine – Créations Élégantes pour la Haute Société*. Cuando Dall vio el cartel, en francés, lo tradujo mentalmente con lo poco que sabía.

"Madame Léontine – Creaciones elegantes para la alta sociedad."

La modista era conocida por vestir a las debutantes más envidiadas, a las damas más exigentes e incluso a algunas patronas del Almack's. Al entrar, el olor a lavanda y lino fresco invadió el aire. Telas de todos los colores cubrían estantes y maniquíes, cintas de terciopelo descansaban en bandejas, y pequeñas cajas de sombreros estaban apiladas con perfección.

Madame Léontine surgió desde el fondo de la tienda como una figura de otro mundo. Alta, delgada, envuelta en un vestido oscuro con cuello de encaje blanco, y una cinta métrica colgando de su cuello elegante. Su cabello canoso estaba recogido en un moño impecable y su mirada, detrás de unas delicadas gafas, era calculadamente inquisitiva.

—Bonjour, mademoiselle... —dijo, observando a Dall con atención de arriba abajo—. El barón envió un pajarillo

adelantando su visita. Dijo que tenemos una urgencia importante entre manos.

—Gracias por recibirme tan bien. —Dall sintió que sus mejillas se sonrojaban ante tal revelación, pero intentó sonreír.

—Très bien, ya tengo algunas piezas listas que seguramente le servirán, señorita. Ahora tomaremos sus medidas para las prendas por encargo. Pero no tema. Las transformaciones son mi especialidad. —Así comenzó el desfile de telas, corsés y pruebas improvisadas.

Madame Léontine demostraba ser hábil en su arte. Hizo traer tres vestidos de modelos ya confeccionados, ajustó otros dos al cuerpo de Dall y tomó medidas con gestos rápidos y precisos. Cuando le colocaron el primer corsé, ella frunció el ceño y dijo con aire teatral:

—¡Postura, señorita! Esto es un corsé, no un camisón de dormir. ¡Parece que nunca ha usado uno!

—Al menos... no de este estilo —murmuró Dall entre dientes, intentando mantener la postura y respirar al mismo tiempo.

"Señor... ¿cómo es que las jóvenes de las novelas disfrutan de los bailes usando algo así? Ahora sé el precio de la elegancia..."

La criada, al notar la dificultad de la joven, soltó una risita discreta y le ofreció apoyo con sus dedos firmes. Madame Léontine suspiró alto, como quien acepta el desafío de moldear a una joven exótica, a sus ojos, en una lady de la moda londinense.
Imagínese si supiera toda la historia...

Al final de la visita, Dall ya contaba con una pequeña selección de vestidos listos: tres de paseo y uno de cena, además de guantes, medias de seda, zapatos bajos, zapatos

altos, ropa interior y un encantador sombrero bonet con lazo color crema.

—¡Perfecto! Los demás modelos se confeccionarán a medida y serán entregados en la mansión lo antes posible.

Dentro de la carroza, en el trayecto de regreso, Dall apoyó la cabeza en el lateral de la ventana y sonrió para sí misma, observando el reflejo de la luz de finales de la mañana en las elegantes calles de Londres.
Se sentía como una Cenicienta de la Regencia.
Una extraña en el tiempo… ahora vestida con el lenguaje del siglo que la había acogido. No sabía qué le deparaba el futuro, pero una certeza florecía dentro de ella como un capullo a punto de abrirse: por fin… empezaba a pertenecer.

Capítulo 9

El reloj de pared de la Mansión Montrose marcaba poco después de las siete de la tarde cuando alguien llamó suavemente a la puerta de la habitación de invitados. Dall, que hojeaba distraídamente un ejemplar de *Pamela*, de Samuel Richardson, que había encontrado en un cajón de uno de los muebles de su cuarto, sintió que el corazón se le aceleraba, como si la hubieran llamado al escenario de una obra para la cual no había ensayado.

—Con permiso, señorita —dijo la criada con voz amable—, Lord Sebastian pide que baje para la cena de esta noche. Hace especial hincapié en su presencia.

—¿Cena... hoy? ¿Con él? —Dall habló, abrió los ojos instintivamente. Era su segundo día en aquella casa y la tercera noche, y por primera vez iba a participar en una cena en la mesa junto a Sebastian y Lady Beatrice. Aquello la hacía sentir insegura y nerviosa.

—Con Milord... y con Lady Beatrice, imagino... —preguntó Dall, recelosa.

—No se preocupe. Su vestido nuevo ya está perfectamente ajustado en el armario. Puedo ayudarla, si lo desea, para que baje a cenar en perfecto estado. —La criada esbozó una sonrisa cómplice.

Dall asintió lentamente, levantándose con una mezcla de sorpresa y nerviosismo. Sabía, por las novelas que devoraba, cuánto exigían las cenas de etiqueta: compostura, postura, modales en la mesa, control de las manos, de las sonrisas, de las miradas. Y, aunque lo había leído mil veces, estar allí, en el papel de dama invitada, era aterradoramente real. Aunque fuera una simple cena en

la mansión, solo para tres personas. En realidad, prefería evitar a Lady Beatrice, pero sabía que no siempre podría hacerlo.

—Claro... por favor, ayúdeme —dijo, intentando ocultar la tensión—. No quiero hacer el ridículo ni deseo llegar tarde...
El vestido elegido para la ocasión era de un tono azul pálido, con detalles de encaje en las mangas. La falda, ligeramente acampanada, caía con gracia hasta los tobillos, y una cinta de terciopelo marcaba la cintura alta, justo debajo del busto, resaltando la delicadeza de su silueta. Dall tuvo la sensación de parecer una pintura de época. Su cabello fue recogido en un moño bajo y suelto, con algunos mechones rubios suavemente ondulados escapando por los laterales, y un par de pequeños pendientes de perlas adornaron sus orejas, combinando con el tono levemente sonrosado de su piel. Al terminar, la criada dio un paso atrás y sonrió con aprobación.

—Está encantadora, señorita —dijo entusiasmada, llevándose ambas manos a la boca en un gesto de sorpresa.

—Gracias... —Dall respondió, pero su mirada permanecía fija en el espejo.
En aquel instante, por primera vez, se sintió como una auténtica lady.

La joven respiró hondo, salió de la habitación y caminó hasta lo alto de la escalera principal, cuyos escalones de madera oscura y pulida reflejaban la luz dorada de la lámpara de velas. En la planta baja, Lord Sebastian conversaba con un criado sobre el vino de la noche. Vestía un traje de cena compuesto por levita y pantalones negros, camisa blanca, chaleco, corbata bien ajustada al cuello y su cabello negro cuidadosamente peinado. La escena, por sí sola, ya sería digna de una ilustración de época.

Dall comenzó a bajar los escalones, intentando mantener los pasos firmes y elegantes, con una de sus manos sujetando discretamente el lateral de la falda. Entonces, por un instante, el

mundo pareció detenerse al ver a Sebastian de pie en medio del salón, observándola bajar las escaleras con una expresión de asombro en el rostro. Sebastian guardó silencio, como si estuviera encantado con lo que veía. La conversación con el criado cesó. Las miradas de ambos se encontraron. No era solo el vestido, sino su gracia y elegancia.

—Buenas noches... Milord —dijo Dall al alcanzar el último escalón, con una voz suave, intentando disimular lo que sentía, pues hasta ella misma se sorprendió al percibirse así.
Él disimuló, algo incómodo por la expresión de encanto que había mostrado, carraspeando levemente antes de responder:

—Buenas noches, señorita Smitch —y entonces le ofreció el brazo—. La señorita está... perfectamente adecuada para acompañarnos esta noche... y en todas las demás ocasiones. —Intentó disimular, volviendo a su tono habitual.

—Espero no decepcionar. Sobre todo en presencia de su tía, Milord... —Ella aceptó el gesto, enlazando su brazo con el de él con ligereza.

—La señorita no decepcionará, y además, yo también estaré en la mesa. Así que no se preocupe por mi tía.

A pesar del corto trayecto desde el salón hasta el comedor, ser conducida del brazo por Sebastian estaba alterando los sentimientos de Dall, algo que él disimuló con maestría. Sin embargo, Lady Beatrice no aprobó la cortesía de Sebastian al verlos llegar juntos al comedor. Aunque intentó disimular su desaprobación.

Capítulo 10

La luz de los candelabros oscilaba suavemente bajo el techo ornamentado del comedor, reflejándose en destellos discretos sobre la platería de ley impecable y en las copas de cristal de Baccarat. El perfume de las flores frescas, dispuestas en arreglos bajos en el centro de la mesa, se mezclaba con el aroma de los platos cuidadosamente elaborados. Era una noche de primavera perfecta, al menos en apariencia, pero el interior de Dall estaba agitado.

"Cuántos cubiertos y copas... bien podrían las autoras de época haber detallado mejor los capítulos de las famosas cenas y su etiqueta..."

Dall se sentó erguida, como había visto hacer a tantas protagonistas en sus libros preferidos, con las manos reposando sobre el regazo y los hombros ligeramente tensos. El vestido azul que Madame Léontine había ajustado con tanto esmero parecía conferirle la postura de una auténtica lady, pero su corazón... ese permanecía inquieto. Sentado en la cabecera de la mesa, Lord Sebastian se mostraba, como siempre, cortés. Sin embargo, aquella noche, sus ojos parecían posarse sobre Dall de manera sutil, como si no pudiera evitar observarla, ahora vestida con ropas apropiadas. La observaba con discreción, como si fuera capaz de captar cada matiz del nerviosismo que ella intentaba esconder tras su sonrisa.

—Veo que la señorita se está adaptando bien a la rutina de la casa —comentó Lady Beatrice, rompiendo el silencio con una voz demasiado dulce para ser genuina—. Imagino que debe de

ser bastante... interesante para alguien en su posición poder experimentar la vida dentro de una mansión noble.

Dall alzó la vista, esforzándose por mantener la expresión serena y no dejarse afectar por el comentario hiriente, disfrazado de amabilidad. Entonces llevó la copa de vino a los labios, dio un pequeño sorbo y respondió:

—Sí, milady. Todo es muy nuevo para mí, pero me siento acogida. Lord Montrose y usted han sido muy amables.

—Mi sobrino es conocido por su gentileza —replicó Lady Beatrice, alzando una ceja finamente dibujada—. Quizá incluso demasiado gentil, lo que le convierte en blanco de ciertos... aprovechados.

Dall sintió el golpe, la indirecta. Por un instante, perdió el habla. Pero antes de que pudiera esbozar una respuesta, Sebastian intervino con suavidad pero con firmeza:

—Tía, temo que ha olvidado que la señorita Smitch es mi invitada. Y también que las palabras mal escogidas pueden herir más de lo necesario, especialmente en una noche tan agradable. —Habló serio.

Lady Beatrice bajó la mirada hacia el plato, fingiendo reorganizar los cubiertos, como si el comentario fuera indigno de respuesta. En cuanto a Sebastian, llevó su copa de vino a los labios y lanzó a Dall una mirada de complicidad. Una mirada que la joven correspondió, al mismo tiempo que, por primera vez desde su llegada a la mansión, sintió esa extraña sensación... como si mariposas revolotearan dentro de su estómago.

"Por Dios... sé que es guapo, caballeroso, rico, joven, noble... pero... ¡sensación de mariposas en el estómago no! Por favor... Es un caballero del pasado..."

La conversación continuó, entre sorbos de vino blanco y pequeños bocados de platos refinados. Sebastian le preguntaba por sus gustos, y ella, entre frases cortas y sonrisas tímidas, intentaba parecer natural, aun sabiendo que cada palabra era escuchada con atención por Lady Beatrice.
En determinado momento, Sebastian relató una anécdota ligera sobre una visita a Francia años atrás y consiguió arrancar a Dall una risa genuina. La baronesa la miró de reojo, pero no dijo nada. Fue en ese instante cuando algo cambió. Dall se dio cuenta de que ya no se sentía tan fuera de lugar. Parecía estar naciendo, entre ella y Sebastian, una especie de vínculo silencioso, como si, durante la conversación, ambos hubieran descubierto que compartían ciertos gustos. A pesar de la vigilancia de la tía, parecía estar surgiendo algo más que un simple sentimiento de gratitud por la hospitalidad.

—¿Un poco de crema de frutos del bosque, señorita Smitch? Nuestra cocinera suele preparar una crema divina, en la que el sabor de la frambuesa destaca especialmente —preguntó Sebastian amablemente, cuando la conversación parecía enfriarse y el silencio comenzaba a instalarse.

—Me encanta... quiero decir, aprecio mucho las frambuesas, Lord Montrose. En realidad, son mis frutas del bosque favoritas.

—Qué coincidencia, señorita... Pues también son las mías. —Sebastian respondió con simpatía, y Lady Beatrice volvió a mirarlos de soslayo. Aquella coincidencia de gustos no le estaba agradando.

Dall se sorprendió pensando que quizá podría, por algunas noches más, seguir fingiendo que aquel era su lugar. Que era, de hecho, una dama de la sociedad londinense, cenando bajo la luz de los candelabros al lado de un barón demasiado apuesto

para ser real. Al final de la cena, Lady Beatrice alegó estar cansada y se retiró, con su elegancia impenetrable. Sebastian acompañó a Dall hasta el vestíbulo. El silencio entre ellos era cómodo y la cercanía, natural.

—¿Está más tranquila? Pues creo que mi invitación le asustó un poco al principio —preguntó él, con los ojos fijos en los de ella.

—Un poco... —Dall respondió, mordiéndose el labio—. Aún no sé si Lady Beatrice quiere tolerarme... o verme desaparecer.

—La tolera... y verá que quizá sea justo lo que esta casa necesita. —Él sonrió levemente y bajó la cabeza, como quien comparte un secreto—. ¿Puedo confesarle algo?

—Claro...

—No recuerdo la última vez que cené con alguien y deseé que la cena durara un poco más.

Aquella confesión tomó a Dall por sorpresa, haciendo que su corazón se acelerara, como si una pequeña cuerda de campana hubiera sido suavemente tirada dentro de ella.
Pero, por supuesto, él solo estaba siendo amable a su manera habitual, pensó ella antes de responder:

—Tampoco recuerdo la última vez que cené con un caballero tan amable... —dijo, casi en un susurro.

Él extendió la mano, como si quisiera conducirla por un salón imaginario, pero solo tomó la punta de sus dedos, enfundados en guantes, por un instante, y sus miradas se encontraron de manera enigmática. Sin embargo, con la llegada de un criado, el ambiente se disipó en el aire.

—Buenas noches, señorita Smitch.

—Buenas noches, Lord Montrose.

Entonces, ella subió las escaleras. Con los dedos aún cálidos por el contacto, con el vestido azul aún ondeando sobre sus piernas, con el corazón latiendo cerca de la garganta y las mariposas haciendo una verdadera fiesta en su vientre.
Sí… había algo extraño en el aire.
Al menos por parte de ella… aquello debía intentar combatirse. Después de todo, no pertenecía a aquel tiempo. Y todavía existía la resistencia de Lady Beatrice.

Capítulo 11

La Mansión Montrose dormía en silencio. Afuera, las ventanas entreabiertas dejaban entrar el susurro de una brisa templada que hacía que las cortinas ondearan lentamente, como si bailaran al ritmo de un vals solitario. La primavera londinense acariciaba la noche con dulzura, esparciendo el perfume sutil de las flores recién florecidas. Todo parecía dormir... excepto Dall. Tumbada entre las sábanas de satén y con el cuerpo cansado tras la elegante cena, mantenía los ojos abiertos, mirando al techo, mientras sus pensamientos... viajaban.

"La cena no fue tan aterradora como imaginaba. Pero... la forma en que Lord Sebastian me miraba de vez en cuando, intentando disimular. La manera en que yo me sentía cada vez que lo hacía. La forma en que sujetó mis dedos... ¿Qué habría pasado si no hubiera llegado aquel criado? Dall, Dall... no juegues con fuego..."

La forma en que él la miraba, sin parecer invadirla.
Cómo la defendía con firmeza, pero sin arrogancia.
Cómo la hacía sentirse... vista, protegida, como jamás antes se había sentido. Y eso la conmovía. Sin mencionar el toque en sus dedos al final de la cena. Suspiró, se giró de lado y abrazó la almohada como si fuera un escudo contra lo que sentía. Todo aquello parecía mágico, pero al mismo tiempo... peligroso.

"No, Dall... no hagas esto."
Pensó para sí misma.

"Él es de otra época. De otra clase social. No perteneces a este lugar..."

Pero... ¿cómo negar la intensidad con que su corazón se aceleró al verlo esperándola al pie de la escalera? ¿Cómo ignorar la forma en que le dijo que no recordaba la última vez que quiso que una cena durara más? Cerró los ojos con fuerza, como quien intenta huir de un pensamiento prohibido.

"Es solo el escenario. Es la magia del momento. Es... el romanticismo de la situación, ¿verdad? Siempre he amado estas historias... Y ahora estoy dentro de una. Tal vez sea eso lo que me está afectando..."

Un silencio cómodo llenaba la habitación, solo interrumpido por el leve crujir de la madera antigua y por las sonoras campanadas del reloj, procedentes del salón. Dall se sentó en la cama, abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla sobre ellas. Su cabello, ahora suelto, caía en ondas suaves sobre los hombros. Su camisón, parte del ajuar que había recibido, de satén color crema y con lazos de cinta azul claro, le daba un aspecto romántico y frágil. Algo que, sin duda, volvería loco de deseo a cualquier hombre nacido en el período de la Regencia... si pudiera verla así.

—Es guapo... —susurró para sí misma—. Demasiado. Rico. Educado. Culto y, por supuesto, como dijo la baronesa... muy codiciado por toda la sociedad londinense... —Mordió su labio.

—¿Y yo? Una bibliotecaria de los años 80, venida de ninguna parte, sin título, sin familia y sin un futuro claro...

Se levantó, caminó hasta la ventana y espió el jardín iluminado por los faroles de gas y por la luna. La fuente seguía manando suavemente, y algunos rosales se movían con el viento. Por un instante, imaginó a Sebastian allí fuera, quizá en silencio, también perdido

en sus pensamientos. ¿Acaso él también sentiría algo extraño hacia ella?
Volvió lentamente a la cama.

—Esto es un sueño. Puede que sea un coma, un delirio... —susurró—. Tal vez mañana despierte en algún hospital, rodeada de máquinas... y todo esto sea solo una fantasía de mi mente. Necesito dejar de encariñarme...

Sin embargo, las palabras sonaban débiles, sin convicción. Porque, en el fondo, Dall ya sabía que no era solo el escenario. Era él.
Era la manera en que él hacía que el mundo pareciera... especial, con tanta gentileza y caballerosidad. Se tumbó de nuevo, apagó la vela con un tímido soplo y cerró los ojos, deseando soñar con algo sencillo. Pero el rostro de Sebastian, sus ojos intensos, su voz baja y grave, la forma en que sonreía solo con una comisura de los labios... insistieron en quedarse. Y así, entre el sueño y la vigilia, pensó:

"Si esto es realmente un sueño... por favor... que no me despierten todavía."

Capítulo 12

El cielo estaba despejado, salpicado de nubes blancas, y el aire de primavera traía consigo el embriagador perfume de los rosales en flor. Dall se despertó temprano, sintiéndose feliz pero, al mismo tiempo, confusa respecto al posible interés y sentimientos que comenzaban a agitarse en su interior. Tal vez fuera el aroma de las flores entrando por las ventanas, quizá el canto de los pájaros, o el eco de la noche anterior que aún rondaba en su mente y la inquietaba.

—Anoche... en varias ocasiones me pareció que me miraba de forma diferente... e incluso hizo aquel comentario al final de la velada. ¿Será solo una impresión mía? Creo que necesito una buena lectura para sacarme esto de la cabeza... Estoy segura de que aquí debe de haber una biblioteca; toda mansión de época en las novelas tiene una. Preguntaré a algún criado. —Dall habló consigo misma mientras se revolvía en la cama.

Entonces, al abrir uno de los cajones del escritorio junto al tocador, sus dedos tocaron un volumen encuadernado en cuero desgastado, con letras doradas casi borradas en el lomo. Al llevarlo a la luz de la ventana, su corazón dio un pequeño salto y sus ojos oscuros brillaron detrás de las gafas.

"Clarissa", de Samuel Richardson.

Ya había leído aquella obra. Dos veces. Una al final de la adolescencia y otra durante la universidad. Pero allí, ante la delicadeza de aquel ejemplar antiguo, que probablemente aún

era una novedad en la época en la que se encontraba, el deseo de releerlo le pareció inevitable.

—Qué joya... —murmuró para sí misma, abrazando el libro contra el pecho.

Se puso un vestido ligero de muselina en tono claro, uno de los que madame Léontine había ajustado con precisión. Era color marfil, con mangas tres cuartos y delicados bordados florales alrededor del busto. Recogió su cabello en un sencillo moño, colocó un sombrero rosa estilo *bonnet* para protegerse del sol y bajó en silencio por los pasillos de la mansión, aún medio adormecida. Antes de salir de la habitación, se miró en el espejo y adoró lo que vio.

"Oh cielos... Nunca imaginé que algún día tendría la oportunidad de usar un bonnet de verdad... excepto cuando las chicas y yo nos disfrazábamos para alguna fecha especial en nuestro club."

Al atravesar el jardín, sus ojos se llenaron de encanto. Increíble cómo, después de varios días allí, aún no se cansaba de admirar la belleza del lugar. La fuente murmuraba en el centro, y los parterres bien cuidados exhalaban la frescura de las flores recién regadas, con un agradable aroma a tierra húmeda. Había una fila de rosales trepadores cerca de un banco de hierro forjado bajo una pérgola de madera cubierta de glicinas. Todo parecía salido de un sueño... o de una novela de época, de las muchas que Dall había leído, deseando secretamente vivir.

La joven se sentó, abrió el libro con cierta emoción, consciente de la escena novelesca que estaba protagonizando, y pronto se perdió entre aquellas palabras familiares, como quien se reencuentra con viejos amigos. El canto de los pájaros, el

susurro de las hojas y el leve toque del viento... todo formaba un escenario digno de un cuadro. Hasta que una sombra se proyectó sobre la página.

—Espero no interrumpir su momento con el señor Richardson, señorita Smitch. Pero quería decirle que se comportó usted de forma admirable en la cena de anoche, ante la presencia de mi tía. —La voz grave de Sebastian llegó hasta los oídos de la joven.

Dall, que al principio se sobresaltó, alzó la vista, parpadeando contra la luz del sol detrás de sus gafas, y se encontró con la sonrisa contenida, pero innegablemente encantadora, de Sebastian. Al verlo así, justo después de la cena de la noche anterior, se sintió un poco desconcertada, pero intentó disimular y actuar con naturalidad. Él vestía con una elegancia informal: pantalones de montar, chaleco de lino claro, camisa blanca con las mangas ligeramente remangadas y una chaqueta ligera, despreocupadamente echada sobre los hombros. Un auténtico caballero de novela de época en sus momentos informales.

—Oh... no le vi acercarse —se apresuró a decir, cerrando el libro y sonrojándose levemente—. No se preocupe, no me interrumpió. Solo... encontré este ejemplar en la habitación y no pude resistirme. Ya he leído esta novela antes, pero... extraño tanto mis libros, mis lecturas... Siempre acostumbro a leer algo. Doy gracias al cielo por haberlo encontrado. Y respecto a la cena... gracias por pensar así. —Habló entusiasmada.

—Habla usted de los libros como quien habla de personas queridas. —Comentó Sebastian con una sonrisa ladeada.

—¿Y no lo son? —respondió ella con una sonrisa dulce—. Los libros no son solo objetos... Son compañía, lugares y

refugios. —Apoyó el libro sobre su regazo—. Los he conocido más íntimamente que a muchas personas.

Sebastian permaneció en silencio por un instante y luego habló con suavidad:

—Si aprecia tanto las palabras... permítame mostrarle la biblioteca de la Mansión Montrose. Creo que le gustará.

—¿La biblioteca de la mansión? Yo... ¿puedo? —Dall abrió ligeramente los ojos, sorprendida.

—Será un placer mostrársela. Y, si me permite decirlo, creo que no hay mejor compañía para los libros que una lectora apasionada.

Ella dudó por un momento, mirando el jardín, pues quedarse allí conversando con él, en aquel ambiente mágico, también era sumamente agradable. Pero conocer una biblioteca particular del período de la Regencia, probablemente repleta de obras raras, era un convite irresistible. Así que, con un tímido asentimiento, aceptó la mano que él le ofrecía para levantarse.

—Lleve su libro —dijo Sebastian, señalando *Clarissa* —. Puede que, al verse rodeado de sus otros amigos, se sienta aún más... a gusto.

Dall sonrió de forma leve y encantadora. Luego se levantó del banco y, junto a Sebastian, caminó de regreso al interior de la mansión. La perspectiva de conocer una biblioteca de una mansión de la Regencia la entusiasmaba, sí... pero la agradable y atractiva compañía de Sebastian hacía que la experiencia... fuera aún más especial.

Capítulo 13

Las puertas de roble macizo de la biblioteca Montrose se abrieron con un leve crujido, revelando un interior que parecía haberse detenido en el tiempo. La estancia, amplia y ligeramente ovalada, tenía las paredes completamente cubiertas por estanterías a medida, hechas de caoba, que se elevaban hasta el techo adornado con molduras de yeso esculpido. Una escalera de madera deslizaba sobre discretos raíles, y grandes ventanas arqueadas dejaban entrar la luz clara de aquella mañana, iluminando las encuadernaciones de cuero y tela con un suave resplandor dorado. Dall permaneció inmóvil durante algunos instantes.
El corazón, que hasta entonces latía con ritmo normal, se aceleró como si estuviera ante un santuario.

—Dios mío... —susurró, casi sin darse cuenta.

Sebastian sonrió al ver el encanto reflejado en sus ojos.

—Es una gran satisfacción para el corazón de una bibliotecaria... —exclamó la joven, boquiabierta.

—¿Bibliotecaria? La señorita aún no había mencionado nada al respecto. —Sebastian habló, una vez más, intrigado—. A veces dice cosas... términos... poco habituales.

—Perdón, milord. Es una larga historia que algún día le contaré. —La rubia desvió el tema.

Sebastian permaneció en silencio durante unos segundos, observando a Dall; parecía una niña entrando por primera vez en un parque de atracciones. Ella también notó que él tenía la misma expresión que había visto en el jardín, cuando la observaba leer con

devoción. Pero allí... allí parecía haber encontrado algo aún más íntimo. La sensación de pertenencia. La sensación de estar en casa.

—Esta ala —dijo él, caminando tranquilamente con sus pasos firmes hacia la primera fila— alberga las novelas y las obras teatrales. Shakespeare, Marlowe... y lo que sea que mi tío decidiera conservar antes de partir.

Dall se acercó como quien se acerca a un tesoro. Pasó los dedos reverentemente por un lomo oscuro.
El corazón de la bibliotecaria latía descontroladamente y sus ojos brillaban deslumbrados.

—¿Estos ejemplares... son primeras ediciones? —preguntó en voz baja, casi temerosa de la respuesta.

—Algunos, sí. A pesar de no ser un lector asiduo, tengo mis momentos de lectura; pero no puedo considerarme tan riguroso con las fechas y ediciones. No obstante, hay obras aquí que, según dicen, son bastante valiosas, junto a otras más comunes.

—¿Habla en serio? Eso me provoca una gran curiosidad... —preguntó Dall, entusiasmada, con sus rizos moviéndose al más leve movimiento de cabeza, mientras se quitaba el bonnet y lo dejaba sobre un mueble.

—Sí. Por ejemplo, hay una versión muy antigua de *Pamela*, si no me equivoco... Y creo que *Sentido y sensibilidad*, escrito por alguien que firma "Por una dama", está en algún lugar por aquí.

Dall se volvió para mirarle con una expresión de casi incredulidade:

—¿Primera edición de *Sentido y sensibilidad*? —repitió, incrédula —. ¿Firmado "Por una dama"?

—Sí. Un regalo, creo. Ni siquiera sé si lo he leído entero... agradó más a mi tía que a mí. Pero está por aquí, si lo desea.

"No puedo creer que tenga la edición de la época en que Jane Austen aún firmaba así..."

Recorrió rápidamente las estanterías con los ojos fijos en los volúmenes y los dedos deslizándose por los lomos, hasta encontrarlo. El volumen, de tapa simple y sin ostentaciones, reposaba serenamente entre tantos otros.
Cuando Dall tomó el libro entre sus manos, un escalofrío recorrió su espalda.

—En mi tiempo... —murmuró sin pensar— esto sería casi una reliquia intocable.

—¿En su tiempo? —preguntó él, intrigado, y Dall se apresuró a corregirse.

—Quiero decir... Este ejemplar tiene toda la pinta de que en el futuro será rarísimo, extremadamente valioso. —Se corrigió, intentando sonar natural—. Es que... he estudiado un poco sobre libros. Me gusta conocer su historia, sus ediciones, cómo fueron publicados y preservados.

—La señorita parece saber mucho. ¿Tuvo... un instructor notable? —Sebastian arqueó una ceja al decirlo.

La joven dudó. Por un instante, pensó en contarle. Casi lo hizo. Pero entonces, la realidad cayó sobre ella con el peso de las décadas.
En aquella época, las mujeres no asistían a universidades. Para él, la biblioteconomía sería un concepto extraño; de hecho, ya había parecido extrañarse cuando ella insinuó que era bibliotecaria. Probablemente le resultaría inaceptable una mujer en las aulas académicas, sabiendo que las mujeres no comenzaron a acceder a una universidad británica hasta 1869, cuando nueve mujeres participaron en un examen destinado a ellas, quedando así marcadas como las primeras aceptadas en una universidad inglesa.

—Tuve buenos profesores —respondió finalmente, con una tímida sonrisa—. Siempre he sido curiosa. Los libros... siempre fueron mis guías.

—Eso es poco común —dijo Sebastian suavemente—. La mayoría de las damas de la sociedad consideran los libros solo como adornos o pasatiempos de jóvenes soñadoras. —Habló serio, incluso con un destello de admiración en sus ojos oscuros, y Dall soltó una ligera risa.

—Quizá sea una joven soñadora, milord. Pero... prefiero soñar con páginas que con títulos o joyas. Además, no tendría dinero para joyas... ni esperanza de conseguir un título.

Él la miró con más intensidad de la que pretendía al oírla mencionar un título nobiliario. Después, desvió la mirada hacia una mesa de lectura cerca de la ventana y gesticuló:

—Permítame mostrarle los ejemplares de viajes. Muchos vinieron de mis expediciones por los continentes. Tengo mapas de regiones que ni siquiera aparecen en los libros más tradicionales.

—¿Le gusta viajar? ¡Qué interesante! A mí también me gusta... pero, como para eso hace falta dinero, viajo a través de los libros.

—Solía gustarme. Un pasatiempo interesante para olvidar problemas y desdichas de la vida. En algunas situaciones... cambiar un poco de aires siempre resulta saludable. —Dijo él, con una sombra en la mirada, aunque pronto recompuso su expresión.

—Lo entiendo, milord... y creo que tiene toda la razón.
Por primera vez, además de percibir una leve sombra en sus ojos oscuros, como una tristeza escondida, Dall también sintió un cierto tono de melancolía en su voz grave.

Capítulo 14

Dall estaba, una vez más, leyendo en el jardín, en el mismo banco de hierro bajo la pérgola de madera cubierta de glicinas lilas, donde solía sentarse por las mañanas. Vestía un traje ligero de algodón claro y llevaba el cabello semirrecogido con un lazo azul, del mismo tono que la cinta que marcaba la página del libro que sostenía con cariño.

—*Sentido y sensibilidad* —murmuró para sí misma, como si aún no pudiera creer la joya que tenía entre las manos ni el honor de poder leerla en aquella edición.

Era como si aquel ejemplar, descubierto en la biblioteca el día anterior, insistiera en acompañarla, como un viejo amigo o una señal del destino. La brisa jugueteaba con el bajo de su vestido y las palabras de Jane Austen parecían cobrar vida entre sus dedos. Dall leía con el ceño ligeramente fruncido, concentrada, pero había en sus ojos un brillo suave... el tipo de brillo que no nace solo de las palabras, sino del encantamiento de estar justo en el lugar donde siempre soñó estar. Así fue como Sebastian la encontró.

"La señorita Smitch... Sabía que volvería a encontrarla aquí. La forma en que mira los libros es tan fascinante... En realidad, ella misma es fascinante... Sebastian... ¿qué estás diciendo? Recuerda que tendrás que elegir una esposa adecuada esta temporada, y lo correcto es que no la elijas por amor. Porque no tienes derecho al amor... ni a la felicidad..."

El joven barón, que estaba a punto de cruzar el jardín, camino de las caballerizas, la vio sentada allí, absorta, iluminada por un rayo de sol que se filtraba entre las altas hojas. Por un instante,

se detuvo y pensó.
¡Cuánto se sorprendería Dall si pudiera oír sus pensamientos y su frase final!
Pero ella no podía, y él simplemente... permaneció allí, observándola en silencio, con las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada fija en aquella escena tan sencilla. Ella sostenía el libro con tanto cuidado que parecía manejar algo frágil y precioso. Sus dedos deslizaban por los bordes de las páginas como quien toca una reliquia. Sus ojos no solo leían: vivían la historia. Sonreían, se fruncían, se emocionaban.
Entonces, él se acercó.

—La señorita sostiene ese libro como si fuera una joya rara.

Dall alzó la vista, sorprendida por la interrupción, pero pronto sonrió. Una sonrisa que apareció poco a poco, como si aún llevara consigo los ecos del párrafo que acababa de leer.

—Porque lo es, milord —respondió, con voz baja y sincera.

—¿Me permite sentarme un momento? —Él hizo un gesto indicando el espacio vacío a su lado en el banco del jardín.

—Por supuesto, su compañía siempre es un placer. Además, es el dueño de la mansión... y quien me ha acogido con tanta bondad.

Sebastian se sentó a su lado, en el mismo banco, respetando la distancia, pero claramente queriendo compartir el momento. Aquello empezaba a convertirse casi en una costumbre: Dall leyendo en el jardín y Sebastian apareciendo de repente, como por casualidad. Pero, en el fondo, parecía que sus pasos le traicionaban, llevándolo siempre al mismo lugar... donde ya sabía que existía la posibilidad de encontrarla.

—Y la forma en que mira el libro... es como si estuviera dentro de la historia —dijo él con voz grave, mientras, ya sentado, inclinaba la cabeza ligeramente hacia su lado.

—Y lo estoy, milord —ella puso el marcador entre las páginas y cerró el volumen con delicadeza, apoyándolo en su regazo—. Cuando leo... todo a mi alrededor desaparece. Los ruidos, el tiempo... todo. Me quedo allí... entre las palabras. Es como viajar sin moverme.

—Un verdadero don, sin duda.

—Un don —repitió ella, sonriendo—. Entrar dentro de un libro es como tocar el alma de quien lo escribió... Pero su compañía también se ha convertido en un don. Porque, de vez en cuando... coincidimos por aquí.

—Sí, señorita Smitch. Aunque no sea del todo apropiado, siempre estamos sin una acompañante... ni en el jardín, ni mucho menos a solas en la biblioteca. Le pido disculpas por esa falta de atención por mi parte.

—No se preocupe por eso, milord. Yo no lo estoy. A no ser que sea su tía quien lo esté... Porque creo que ella no verá con buenos ojos que disfrutemos tanto de la compañía del otro.

—No haga caso a mi tía. Además, parece que la ha dejado en paz en los últimos días. A mí es a quien no dejará en paz. Apostaría que ya está tramando mi presencia en algún baile o en un salón de música.

—¿Y eso le incomoda, milord? —preguntó Dall con cautela, en su característico tono dulce.

—Un poco sí... y un poco no —respondió Sebastian, sin querer dar más detalles.

—Qué respuesta tan intrigante... si me permite decirlo.

"Imagínate si supieras que antes no me incomodaba porque no amaba a nadie... y estaba dispuesto a elegir sin amor, solo para cumplir con mis deberes... y que no deseaba usar el derecho de

amar... Pero ahora... sigo sintiéndome indigno de amar... pero no sé si podría elegir una esposa solo por conveniencia... después de conocer a una criatura que me parece tan especial..."

Mientras Sebastian hacía aquella reflexión mental, Dall también estaba perdida en sus propios pensamientos. No es que sintiera culpa... solo pensaba que aquella atracción que sentía por él era algo sin futuro. No sabía si, en cualquier momento, sería misteriosamente devuelta a su tiempo. No era una joven de su clase social y tampoco quería problemas con Lady Beatrice.
Aun así, por unos instantes... allí, sentados en aquel banco del jardín, uno al lado del otro, con el libro reposando sobre el regazo de Dall... ambos se miraron de una forma comprometida... pero acto seguido, disimularon... cada uno por su lado.

Capítulo 15

Dall vestía un traje en tono lavanda, delicadamente ajustado bajo el busto con una cinta de satén, con mangas abullonadas y cortas, y un sombrero de paja estilo bonnet adornado con un lazo rosa. Un pequeño bolso de mano, con un pañuelo bordado, completaba el aspecto digno de una dama de la Regencia. Sin embargo, sus ojos estaban más vivos que nunca.

—Milord, ¿está seguro de que podemos hacer este paseo? —preguntó mientras subía a la carroza junto a Sebastian—. Su tía va a acusarme de intentar crear una obligación moral entre nosotros. Ya basta con lo que piensa del incidente de la carroza.

La joven hablaba con cierta aprensión. A pesar de ello, estaba visiblemente entusiasmada con la excursión de aquella tarde. Conocer el famoso Hyde Park del pasado, escenario de duelos al amanecer, de pícnics, de paseos de damas y de parejas, y además en compañía de Sebastian... Era como entrar dentro de una novela de Jane Austen… pero siendo la protagonista.

—Estoy seguro. —Respondió él, galante pero sin perder la gravedad—. La señorita, que parece mirar todo con ojos maravillados, merece apreciar la belleza de Hyde Park. Además, tenemos un atenuante: no iremos en una carroza cerrada, sino en nuestro curricle. —Sebastian concluyó con entusiasmo.

—¿Un curricle? ¿Yo paseando en curricle por Hyde Park? —Como una niña, Dall exclamó y dio unas pequeñas palmadas en señal de alegría.

—¿Nunca ha montado en un curricle? —preguntó Sebastian, sorprendido—. Es un modelo de carroza abierta con capota abatible, espacio para dos personas y tirada por dos caballos. —Explicó gesticulando.

—En realidad, milord, nunca he montado... pero he oído hablar mucho de ello y también he visto a personas paseando... —Dall no podía confesar que esas personas eran los personajes de las novelas de época del periodo de la Regencia que tanto le gustaba leer.

—Es un vehículo bastante veloz, práctico por no requerir cochero y abierto, lo que también ayuda a preservar la reputación. Pero, si aún así considera necesario que le acompañe una dama de compañía, lo entenderé y puedo pedir a una de las criadas.

—No, aunque sé que sería lo adecuado, no veo la necesidad. Porque confío en milord. —Dall dijo con su dulce sonrisa, sus ojos negros brillantes y sus rizos rubios balanceándose.

—Por supuesto, un caballero de honor jamás pondría en entredicho la reputación de una dama. —Sebastian respondió con seriedad—. Y no se preocupe por mi tía... déjela a mí.

Así, el curricle avanzó tranquilamente por las calles de Mayfair; Sebastian lo conducía con maestría. Era común entre los jóvenes nobles conducirlo ellos mismos, como si fuera el coche deportivo de la época. Finalmente, llegaron a las puertas del parque, y la emoción de Dall fue tal que él intentó disimular una sonrisa al ver cómo la carroza comenzaba a circular por la Rotten Row, la vía que atravesaba Hyde Park, y más adelante, las orillas del famoso lago Serpentine se hacían visibles.

"¡Qué emoción! Estoy en un curricle, conducido por Sebastian, todo gallardo con las riendas en las manos, en Hyde Park, circulando por la Rotten Row, la famosa vía del rey... ¡y ya puedo ver las orillas del Serpentine!"

—¡Sujétese bien, señorita Smitch! Vamos a experimentar un poco de emoción... ¿Tiene miedo? —Sebastian dijo divertido, mientras animaba a los caballos a galopar por la vía, donde otros jóvenes hacían lo mismo.

—¡No, milord! ¡Soy una señorita valiente! —gritó Dall, entusiasmada, con el viento ya agitando sus rizos dorados, mientras

que con una mano se sujetaba con fuerza y con la otra intentaba mantener el sombrero en su sitio.

Finalmente, Sebastian tiró de las riendas, los dos caballos castaños se detuvieron y el curricle se paró. Él saltó primero, luego le ofreció la mano para ayudarla a bajar, y Dall descendió con elegancia, sujetando el bajo del vestido, consciente de que muchas madres curiosas la observaban disimuladamente. Al fin y al cabo, ¿quién era aquella señorita que estaba en un paseo en curricle... a solas con Lord Sebastian, uno de los solteros más codiciados de la temporada?

Así, bajaron cerca de la orilla del lago; el escenario parecía sacado de uno de los libros favoritos de Dall.

Caballeros paseaban con trajes diurnos elegantes, damas lucían sus sombreros adornados con flores y plumas, algunos niños corrían cerca de los límites del césped. Carrozas cerradas y otros curricles iban y venían, mientras el lago Serpentine reflejaba el cielo como un gran espejo líquido.

—Es más bonito de lo que imaginaba —dijo Dall, encantada, con los ojos brillando—. He leído sobre Hyde Park en tantas novelas...

—No sabía que fuera tan citado en nuestra literatura inglesa. —Sebastian bromeó, observando la alegría de ella con discreta admiración.

"No lo sé por ahora... pero en el futuro existirá toda una categoría solo para novelas del periodo de la Regencia inglesa, donde él... y tantas otras cosas que estoy viendo aquí... serán mencionadas frecuentemente..."

Discretamente, caminaron uno al lado del otro, intentando no llamar demasiado la atención... si es que eso era posible en aquel lugar y a aquella hora... hasta llegar a una zona más tranquila, bajo la sombra de un gran árbol cerca de la orilla del lago. Allí, Sebastian extendió un mantel de lino blanco sobre el césped, que había pedido a una criada que colocara en la carroza, y la ayudó a sentarse.

—Espero que no le resulte incómodo sentarse en el suelo —dijo él, mientras se acomodaba a su lado, aunque no demasiado cerca.

—En absoluto. Solo me pregunto... ¿cuántas otras mujeres habrán tenido la suerte de sentarse junto al Barón de Ravenshire en un día tan bonito? —Dall dijo sin pensar... y se arrepintió de inmediato, pues aquello sonaba como un coqueteo propio de los años ochenta... y no quería quedarse después apurada frente a él.

—Quizás ninguna que valorase tanto este momento como mi título —respondió él, con una media sonrisa, los ojos fijos en el lago.

La conversación fluyó con facilidad. Hablaron sobre la naturaleza, libros, los viajes del barón, las costumbres de la sociedad y las expectativas sobre los matrimonios concertados que se cerraban en cada temporada social.

Dall, curiosa, al abordar el tema, no pudo evitar preguntar:

—Milord... Perdón por la franqueza, pero... no parece usted muy entusiasmado con la idea de buscar esposa esta temporada.

Sebastian respiró hondo y tardó un poco en responder.

Tenía la mirada fija en la superficie tranquila del agua, como si, por unos instantes, sus pensamientos estuvieran en otro lugar... donde algunos cisnes nadaban lentamente.

—No estoy en contra del matrimonio, señorita Smith. Solo que... no creo que sea necesario encontrar una esposa por amor, porque... —Hizo una pausa, como si no quisiera tocar cierto asunto, y sus ojos oscuros se oscurecieron aún más—. Digamos que no está en mis planes amar ni ser amado, y mi tía Beatrice lo sabe desde siempre. Por eso, aprovecha cada ocasión para presionarme a elegir cuanto antes una esposa adecuada... solo por el bien de la línea familiar... sin que me preocupe por el amor.

Dall inclinó la cabeza, sin ocultar la ternura en su mirada, pero también la sorpresa por aquellas palabras... que sonaban tan duras. Especialmente por la impresión de que el amor no parecía ser algo que él creyera merecer.

—Perdone, milord... pero... ¿quién no desea amar y ser amado? ¿Cuál sería el propósito de la vida, si no es ese? Más aún un caballero tan gentil... y tan culto... ¿No merece ser amado?

Él sonrió levemente, pero fue una sonrisa amarga... y parecía querer disimular la sombra que se reflejaba en sus ojos.

—No me veo como una persona destinada a ser feliz... pero trataré bien a mi futura esposa, para que ella sea feliz... por los dos. —Habló serio.

—Pues yo... —dijo ella, en un tono que apenas reconoció como propio—. Yo sí creo en el amor. Aunque dure poco. Aunque desafíe al tiempo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Entonces, Sebastian extendió la mano con cuidado y la posó sobre la de ella. El contacto fue leve, pero poderoso... como una chispa eléctrica entre dos mundos.

Dall sintió un leve estremecimiento en el cuerpo... y sus ojos se encontraron con los de él... oscuros e intensos. El mundo quedó en silencio.

Pero un grupo de niños que corría tras un perrito, entre risas, rompió la magia.

Ambos retrocedieron al mismo tiempo... como si despertaran de un hechizo.

Sebastian, apenas reconociéndose, retiró rápidamente la mano de la de la joven.

Dall acomodó el vestido sobre su regazo. Sebastian carraspeó discretamente y giró el rostro hacia el lago.

—Perdóneme... —dijo en un susurro.

—No hay nada que perdonar... —Ella respondió, aunque sentía las mejillas arder.

Capítulo 16

La tarde llegaba a su fin y la luz dorada del atardecer entraba por las ventanas de la mansión Montrose, bañando el salón con tonos cálidos y suaves. En la sala de música, Lord Sebastian reposaba en el gran sofá de respaldo alto, con un ejemplar de *El Peregrino* olvidado a su lado. Su mirada permanecía distante, como si sus pensamientos atravesaran paredes... paredes... y el propio tiempo. Fue en ese estado de introspección que Lady Beatrice entró en la estancia, vestida con un traje en tono burdeos, el cabello recogido en un moño impecable, un abanico en una mano y los ojos brillando con su habitual expresión de juicio contenido.

—¿Todavía en el sofá, Sebastian? Ya son más de las cuatro y media. Esta noche tenemos el baile en el Almack's, ¿o lo has olvidado?

Él alzó la mirada con calma y respondió en tono contenido:

—No lo he olvidado, tía. De hecho, era sobre eso de lo que quería hablar.

Lady Beatrice arqueó una ceja con desconfianza. Probablemente, iba a anunciar algo que no le agradaría... aún más después de que aquella señorita exótica se hubiese convertido en huésped permanente de la mansión y de que la cercanía entre ambos fuese cada vez más evidente. Algo que a la baronesa no le gustaba en absoluto.

—Eso nunca es buena señal —comentó con voz fría y una expresión de desdén.

—Me gustaría que la señorita Smitch nos acompañase esta noche al baile —el silencio llenó la habitación—.
La baronesa dio dos pasos hacia él, como si no hubiese entendido bien.

—¿La señorita Smith? ¿He oído bien?

—Sí. Creo que sería una buena oportunidad para que conozca el Almack's y sus bailes. Ha demostrado ser educada, refinada... Más que muchas debutantes que he visto cruzar aquel salón como palomas desorientadas. Además... —hizo una breve pausa, estratégica— ella estará bajo mi total responsabilidad. No le causará ningún bochorno, si eso es lo que teme.

Lady Beatrice cerró el abanico con un leve chasquido, señal inequívoca de su creciente irritación. Su primera reacción fue gritar un rotundo no y decir todo lo que llevaba días acumulando, no solo sobre la presencia de aquella muchacha en la casa, sino sobre la proximidad cada vez mayor entre ambos. Pero se contuvo. Optó por actuar con un mínimo de diplomacia.

—Sebastian, sobrino mío... te pido que lo pienses mejor. El Almack's no es un lugar cualquiera. Es el corazón de la temporada. Por ese salón circula la sangre noble de Londres... y de algunos hasta de París. La señorita Smith... con todo el respeto... no es adecuada... ¡No sabemos nada de su origen!

—¿Y aunque no tenga origen? —replicó él, con voz calmada pero firme—. ¿Desde cuándo la sangre determina el valor?

—¡Desde siempre! —exclamó Beatrice, escandalizada—. ¿Qué dirán las demás patronesses? ¿Los cronistas sociales? ¡El nombre Montrose podría quedar en entredicho por una sola noche mal calculada!

—Pues que hablen —replicó Sebastian, sin alterarse—. La señorita Smith irá acompañada por mí. Irá vestida según las

costumbres... y como una dama. Si alguien osa cuestionarlo... enfrentará mi silencio... o mi respuesta... según lo decida.

—¡Ah! ¿Y es enfrentando a la sociedad londinense como piensas seguir mis consejos y elegir una esposa adecuada esta temporada? ¿O acaso has cambiado de opinión? Espero que no... Espero que esta muchacha no esté siendo una mala influencia para ti.

—¡Oh, tía Beatrice! Déjela en paz y deje de lado esos juicios absurdos. Además... nadie podría ser peor influencia para mí que yo mismo. Y no olvidemos que soy un hombre hecho y derecho. — Sebastian habló con seriedad.

Lady Beatrice lo miró con expresión dura... pero hubo un destello de respeto en su mirada. Era difícil contrariar a un hombre que, pese a su juventud, cargaba consigo la autoridad de un barón... señor del título, de aquella casa y de muchas propiedades en el campo.

—Estás... ¿encantado por ella, verdad?

Sebastian no respondió de inmediato. Después, dijo simplemente:

—Solo estoy... curioso. Y siento... que la señorita Smith merece más que un juicio apresurado.

Beatrice, al darse cuenta de que sería inútil continuar el enfrentamiento, bufó discretamente.

—Muy bien... Que vaya. Pero que quede claro que la responsabilidad es toda tuya, Sebastian. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Siempre lo he sabido, tía.

Con un leve gesto de cabeza, la dio por despedida, levantándose del sofá con elegancia y cruzando el salón para salir.

Pocos minutos después, una criada subía las escaleras con un recado.

—Milady... Perdón... Señorita Smith. Milord pidió que le entregara esto —dijo, extendiendo un sobre cuidadosamente lacrado.

Dall lo abrió con dedos temblorosos. El billete, escrito con la elegante caligrafía de Sebastian, decía:

"Me gustaría que nos acompañase esta noche al baile en el Almack's. Será un honor tenerla en nuestra compañía. No se preocupe por las miradas... pues mis ojos estarán puestos en usted... protegiéndola y cuidando que nada salga mal."

Dall sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

Una invitación para un baile en el Almack's... ante toda la sociedad londinense de la Regencia... y con Sebastian afirmando que la protegería.

Dobló la nota con cuidado, como quien guarda una joya en un relicario... y miró por la ventana. Nunca imaginó que algún día pondría los pies en el codiciado salón del Almack's... y mucho menos... en compañía de un noble caballero tan apuesto.

"Pero... ¿y Lady Beatrice...? ¿Qué pensará de todo esto...?"

Capítulo 17

El carruaje de la familia Montrose, con su elegante blasón estampado en la puerta, cruzaba al anochecer la zona de St. James, en dirección al baile, y mucho antes de llegar al número conocido del club más selecto de Londres, el corazón de Dall ya latía como un tambor descompasado. Dentro del vehículo, ella se sentaba entre Lady Beatrice, visiblemente más callada de lo habitual, y Lord Sebastian, que, elegante en su traje de gala, parecía perdido en sus pensamientos.

"¿En qué estará pensando? ¿Se habrá arrepentido de haber insistido en traerme? Seguro que no fue fácil convencer a la baronesa... y por la expresión de ella, puedo adiviná-lo. Pero... mostraré que una lectora de novelas de época sabe, al menos, comportarse con lo básico en los salones de la nobleza londinense..."

Dall llevaba un vestido de baile en tono azul perla, bordado con pequeñas perlas; Madame Léontine lo había creado pensando ya en los salones de baile. Su cabello estaba recogido en un moño trenzado, entrelazado con pequeñas flores blancas, y en su cuello colgaba un discreto collar, prestado por Lady Beatrice, una joya de familia, "solo por educación", como la baronesa había dicho, pero Dall percibió el gesto como algo más que mera cortesía.

Al llegar al Almack's, las inmediaciones estaban repletas de carruajes pertenecientes a la más alta sociedad londinense, cuyos cocheros privados conversaban entre sí, algo más alejados. En la entrada del baile, parejas elegantes, oficialmente casadas, entraban del brazo; padres con sus hijas casaderas, a veces varias, avanzaban bajo la severa vigilancia de sus matriarcas. Jóvenes caballeros, algunos apuestos, otros no tanto, llegaban en grupos, vestidos con

trajes que les hacían parecer más mayores de lo que realmente eran. En la puerta, lacayos recogían sin cesar los sombreros de copa y bastones de los caballeros. El sonido de la orquesta ya se podía oír desde la acera, mezclado con las voces de los recién llegados que aún accedían por la puerta principal. Entonces... ella entró.

Dall, acompañada por la familia Montrose y, en especial, por Sebastian, cruzó la puerta con los hombros erguidos y el corazón desbocado. El efecto fue inmediato.

—¿Quién es esa? —susurró una dama a otra, abanicándose con su abanico dorado.

—¿Nueva en la temporada? Jamás la vi en los salones de Lady Featherstone...

—Quizás sea francesa. Fíjate en cómo camina... Con gracia y... cierto misterio.

Las madres de jóvenes solteras ajustaban sus abanicos para observarla mejor. Algunas cuchicheaban, otras fruncieron el ceño. Pero todas veían lo mismo: una joven encantadora, elegante sin esfuerzo, dueña de una belleza sencilla que desentonaba con los adornos artificiales del entorno. Y los caballeros... los caballeros giraban el cuello como atraídos por un imán invisible. Un joven vizconde casi tropezó al intentar acercarse.

En cuanto a Dall, apenas podía creer que estaba en un auténtico baile del Almack's, con su orquesta, su limonada, sus señoritas solteras vestidas de colores claros, las damas casadas en tonos oscuros, y los caballeros en casaca y pantalones negros.

—¿Me permite anotar mi nombre en su tarjeta de baile, señorita...?

Dall, sorprendida, sonrió con gentileza, pero antes de que pudiera responder, la voz firme de Sebastian surgió detrás de ella, cortando el aire con elegancia:

—Disculpe... pero la señorita Smith ya tiene reservado el primer baile.

El vizconde retrocedió con una sonrisa frustrada y una reverencia apresurada. Dall se giró hacia Sebastian, confundida y halagada.

—Creí que aún no había escrito su nombre...

—Olvidé usar el lápiz —dijo él, galante, extendiéndole el brazo.

Ella lo aceptó. Y caminaron hacia el salón, donde las primeras notas del vals comenzaban a resonar suavemente entre los arcos del cuarteto de cuerdas. Durante la danza, Sebastian mantuvo una postura perfecta, como si no sintiera nada más allá de la música. Pero sus ojos no abandonaban los de ella. Y de vez en cuando, recorrían el salón con una mirada rápida e involuntaria, fijándose en los caballeros que cuchicheaban entre ellos, sin el menor disimulo, mientras observaban a su dama de azul.

—Parece que... todos me miran —susurró Dall, sin ocultar el rubor.

—No los culpo —Sebastian la hizo girar suavemente—. Esta noche... usted es una visión. Tal vez una pintura de primavera que ha decidido caminar entre nosotros.

Ella sonrió, algo desconcertada.

—Cuidado, Milord... Sus palabras casi me hacen creer que realmente pertenezco a este lugar.

—¿Y acaso no pertenece?

Antes de que pudiera responder, otro caballero se acercó con una tarjeta de baile en mano, pero fue nuevamente rechazado, esta vez con más que palabras: con la mirada gélida de Sebastian. Dall lo

notó. Notó que, entre paso y paso, Sebastian se mostraba menos impasible... y más protector. Menos espectador... y más hombre.

"¿Será impresión mía... o está celoso?"

Pensar en ello hizo que su corazón se agitara de un modo nuevo, peligroso y dulce.
La danza continuó, como continúan las noches destinadas a convertirse en recuerdo. Cuando la música cesó y los aplausos se elevaron hacia el cuarteto, Dall y Sebastian se alejaron lentamente del centro del salón, con los cuerpos aún cálidos por la música... y los corazones... por todo lo que no fue dicho.
Aquella noche... ella bailaría más. Pero ningún baile sería como aquel...
Y ninguna mirada... como la de él.

Capítulo 18

Lady Beatrice, aún vestida con su bata de satén gris perla, se acomodó en su sillón favorito del salón de té, con el ejemplar más reciente del *The London Morning Gazette* en las manos, recién planchado y entregado por un criado. Era su ritual matutino más apreciado... y también el más malicioso, especialmente la mañana siguiente a un baile. Mientras la servidumbre se apresuraba a preparar el desayuno y a ventilar los aposentos, la baronesa se sumergía en las columnas de sociedad con una mezcla de desdén y placer. Sin embargo, al abrir la sección social del tabloide, su monóculo casi cayó de sus dedos. Allí, en el centro de la página ilustrada, podía leerse el título en letras floridas:
"En la primavera londinense, una desconocida se volvió inolvidable"

"Con un vestido azul perlado y una postura digna de una princesa, la joven desconocida que acompañó a la familia Montrose al baile de Almack's la noche pasada no solo bailó... *sino que también encantó. Sin linaje conocido y con un aire de misterio digno de una novela gótica, la señorita fue el centro de las miradas, entre jóvenes caballeros fascinados y matronas desconfiadas. Pero… ¿quién es ella? La joven ya fue vista paseando en curricle por Hyde Park acompañada del mismo caballero en cuestión. La alta sociedad londinense exige respuestas."*

Lady Beatrice dejó el monóculo a un lado, entornó los ojos y estiró el periódico con ambas manos, como si estirarlo pudiera también estirar la realidad a su favor.

—Insolencia… —murmuró—. Sensacionalismo barato. Esto es lo que sucede cuando se mezcla la caridad con la imprudencia.

Tomó un sorbo de té, sin azúcar, amargo como su humor, y con un gesto seco ordenó a una criada que llamara a la señorita Smith para una conversación… íntima y puntual. Dall, algo aprensiva, descendió poco después, vestida con un sencillo vestido de mañana, en algodón blanco y mangas fruncidas. Su cabello estaba recogido de manera simple pero elegante. Al entrar en el salón, notó la mirada crítica de la baronesa, que sin decir palabra le señaló la silla frente a ella.

—¿Té? —ofreció con un tono de dulzura forzada.

—Claro, le agradezco —respondió Dall, esforzándose por mantener la calma, aunque intuía que algo había disgustado profundamente a la dama… probablemente relacionado con el baile de la noche anterior.

Lady Beatrice alisó el periódico doblado junto a su taza, como quien prepara un arma discreta.

—Imagino que ya habrá oído susurros —comenzó—. Pero tal vez aún no haya visto lo que los periódicos dicen sobre usted.

Dall frunció levemente el ceño, su belleza singular parecía aún más evidente con el gesto de duda. Sujetaba la taza por el asa con una mano y el platillo con la otra, intentando disimular el nerviosismo.

—No, milady… ¿Qué dicen?

Con movimientos lentos y calculados, la baronesa deslizó el periódico hacia ella. Dall leyó el titular… y abrió los ojos, ruborizándose al instante.

—Cielos…

—Efectivamente… cielos, periódicos y medio salón están hablando de usted. Felicitaciones. Ha conseguido ser más

comentada que las hijas del duque de Asterfield… Y eso que ellas llevaban vestidos bordados a mano por costureras de París.

Dall dejó el periódico a un lado con cuidado.

—No lo imaginé… no lo esperaba…

—¿No lo esperaba? Una joven desconocida, con vestidos nuevos, del brazo de uno de los herederos más codiciados de la temporada… —Lady Beatrice sonrió sin mostrar los dientes—. Por supuesto que todos lo imaginarían.

—No fue intencionado, milady. Ni siquiera deseaba el convite. Pensé que su sobrino solo estaba siendo… gentil.

—Sebastian, aunque sea gentil y de buen corazón… sigue siendo un hombre, querida. Y los hombres… rara vez hacen algo únicamente por cortesía. Y ese es precisamente mi mayor temor. Además… desde hace años arrastra esa absurda idea de que no merece amor… y por ello acepta casarse con quien le convenga… sin preocuparse por esas tonterías sentimentales tan propias de la plebe.

—Perdóneme, milady… pero su sobrino es joven, rico, apuesto, noble… y de gran corazón. No entiendo de dónde saca esa idea de que no merece ser amado… Parece como si se sintiera culpable por siquiera intentar ser feliz. Creo… que milady no debería reforzar ese pensamiento… ni aprovecharse de ello.

—¡No sea insolente, jovencita! ¡No se entrometa en asuntos de familia que no le incumben! —La voz de la baronesa se elevó levemente, molesta con el atrevimiento de la muchacha.

Dall tragó saliva. Lady Beatrice sirvió más té para ambas, pero sus ojos seguían afilados y atentos.

—Disculpe, milady… solo quería ayudar… No fue mi intención ser impertinente.

—Escúcheme bien —dijo ella, con tono firme—. Usted tiene belleza… inteligencia… y debo admitir que ha superado mis expectativas iniciales. Y no soy una mujer que se retracte fácilmente. Pero… eso no cambia los hechos.

—¿Qué hechos… milady?

—Que no sabemos quién es usted. Que no tiene un apellido que pueda escribirse en una invitación nobiliaria. Que no hay linaje, blasón ni fortuna que la respalde. Sebastian necesita elegir una esposa esta temporada. Alguien que garantice continuidad y estabilidad. No se trata solo de amor, señorita Smith… se trata de legado.

Dall bajó la mirada hacia su taza. El aroma del té le parecía más amargo… o quizá… era solo el sabor de la realidad asomándose por el borde de la porcelana.

—Lo entiendo. Y no tiene por qué preocuparse. No estoy aquí para entorpecer sus planes. No deseo ser un obstáculo.

Lady Beatrice asintió, satisfecha con la respuesta.

—Entonces, aproveche la influencia que ha ganado en este baile. Conquiste un buen caballero. Hay muchos dispuestos a sostener a una esposa grácil… aunque sin título. Mejor eso que… — Hizo una pausa, pero finalmente dijo la palabra— enamorarse… del hombre equivocado.

Dall forzó una pequeña sonrisa:

—Le agradezco el consejo, milady. Tendré cuidado.

Pero al salir del salón y caminar por los largos corredores de la mansión, sentía un peso en el pecho.

"La mujer adecuada… con el linaje adecuado…"

"Ella actúa como si Sebastian llevase consigo algún dolor o un oscuro secreto familiar que lo hace sentirse culpable y no merecedor de la felicidad… y ella… ella se aprovecha de eso… solo para

empujarlo a elegir la esposa que desea… y no… la que el corazón de él elegiria…"

Capítulo 19

Ya era entrada la noche en la mansión Montrose. Los corredores y demás dependencias estaban envueltos en silencio. Afuera, el jardín dormía, bajo la atenta vigilancia de la luz de la luna, y dentro de la casa, los criados ya se habían retirado a sus aposentos. Los candelabros habían sido apagados, quedando apenas algunos candelabros solitarios encendidos a lo largo del corredor principal.

"Maldita insomnio..." — pensó Dall, al girarse inquieta en la cama.

El sueño parecía escapársele entre los dedos como arena fina. No sabía si era el exceso de pensamientos, el calor de la primavera o el peso de tantas emociones acumuladas desde el baile. Su corazón estaba inquieto, su cuerpo cansado… pero incapaz de encontrar descanso. Así que decidió levantarse. Con movimientos suaves para no hacer crujir el suelo de madera, se colocó un batín de satén color lila sobre la camisola, recogió el cabello en un moño improvisado y calzó las zapatillas que la doncella había dejado al pie de la cama. Su intención era ir a la biblioteca en busca de un libro… tal vez poesía… algo que adormeciera el alma. Sin embargo, al cruzar el corredor lateral, un sonido inesperado la detuvo: una melodía baja, melancólica… proveniente de la sala de música.

"¿Piano? Nunca antes lo escuché en esta casa… Siempre pensé que ese piano era solo decoración… ¿Y quién estará tocando a estas horas?"

Los primeros acordes fluían como un lamento. Suaves… pero llenos de emoción. Dall reconoció el timbre del piano y, por un momento, pensó que estaba soñando. Guiada por una mezcla de

curiosidad y encanto, se acercó a las grandes puertas dobles de la sala de música. Estaban cerradas, pero no con llave. Abrió lentamente y, a través de la rendija, vio una escena que la dejó sin aliento.

"Oh, cielos… pero… ¿qué significa esto?"

Sebastian, con un batín de terciopelo oscuro sobre el pijama, el cabello ligeramente despeinado, estaba sentado al piano en la sala apenas iluminada. Solo una pequeña vela en un candelabro iluminaba tenuemente sus manos, que se deslizaban con maestría sobre las teclas. La música que brotaba del instrumento era envolvente y triste… como si de aquellas notas nacieran palabras que jamás se atreviera a pronunciar en voz alta. Dall se quedó quieta, observándolo. No sabía que él tocara… y mucho menos con tanta perfección. Solo se movió cuando él la vio. Sus manos se detuvieron sobre las teclas… como si la realidad acabara de romper el hechizo.

—Perdóneme… —dijo ella, bajando la mirada—. No quise interrumpir. Pero… por favor… no se detenga…

—No me interrumpe —respondió él, con la voz ronca, casi un susurro—. Solo que… no suelo tocar frente a nadie.

—¿Y por qué no? ¿Por qué privarnos de escuchar algo tan hermoso? —preguntó ella, entrando despacio en la sala y cerrando la puerta tras de sí.

—Porque no toco para impresionar. Toco para… calmar el alma. Para silenciar el insomnio… en esas noches en que los recuerdos del pasado me atormentan… —Él vaciló, bajando la vista hacia las teclas.

Dall se acercó… sin saber si debía o no sentarse a su lado. Permaneció de pie, frente al piano. La tentación de preguntar *«¿Qué recuerdos?»* fue enorme… pero se contuvo. Esperaría que él mismo

hablara… cuando se sintiera listo. No quería invadir su espacio… al fin y al cabo… ella seguía siendo una extraña en aquella casa… aunque últimamente, la conexión entre ellos parecía ir más allá de cualquier formalidad.

—Aun así… es hermoso. Tan hermoso que casi me ha hecho olvidar respirar. Usted es… un pianista extraordinario. Debería regalar su música a otros… no solo a la noche y a las sombras. —Lo dijo con ternura.

—Solo es música… aunque venga del fondo del alma… —Él sonrió, con ese gesto torcido… tan suyo… carente de vanidad.

—Si toca con el alma… entonces es mucho más que solo música. —Ella lo miró… con una mezcla de afecto y admiración.

—¿Le gustaría sentarse a mi lado? ¿Ver el piano más de cerca? Me doy cuenta… de que mira las teclas con curiosidad…

Jamás había estado tan cerca de un piano de cola. Cuántas veces había soñado… siendo la protagonista de una novela… leyendo en un jardín o tocando para invitados en un salón privado. Entonces, Sebastian se hizo a un lado… y Dall, despacio… se sentó junto a él, en el banco del piano.

Y fue así… sin saber cómo empezó… que sucedió.

Los ojos de Sebastian buscaron los de ella. Las palabras cesaron. La distancia… desapareció. Y sus labios… se encontraron.

Fue un beso suave… tímido… pero lleno de significado. No hubo urgencia… ni promesas… solo el calor dulce de la madrugada… y el toque vacilante de un deseo que ya no sabía esconderse.

Cuando se separaron… Sebastian pasó la mano por su cabello, visiblemente incómodo. Dall llevó lentamente los dedos a sus labios… sin saber qué decir… ni qué pensar.

—Yo… lo siento… Esto… no debería haber ocurrido… Ha sido imprudente. Soy un caballero… y… esto no es correcto. Estar solos… a estas horas… —Su voz sonaba inquieta… como si luchara contra sí mismo.

—No tiene por qué disculparse… —Ella respondió, con un susurro apenas audible—. Yo tampoco me aparté… Y no fue algo… tan grave.

—Aun así… fue un error. Usted… está bajo mi techo… y yo tengo… responsabilidades… —Él apartó la mirada—. Será mejor que… nos retiremos.

—Comprendo que lo piense así… Y respecto a retirarnos… creo que tiene razón… —asintió ella… con la voz temblorosa.

Él se levantó primero… y le abrió la puerta. Dall salió, sintiendo la piel aún encendida. En el corredor… caminaron en silencio… cada uno tomando dirección opuesta… como si aquel beso fuese un secreto… guardado entre las sombras… y las teclas de un piano. Pero… algo había cambiado.

Y ninguno de los dos podía fingir ya… que no lo sentía.
Cuando Sebastian llegó a su habitación… supo que tampoco podría dormir. Su insomnio crónico… ahora tenía una causa doble… aunque no tan dolorosa como la primera. Así que… volvió a salir. Se dirigió a su despacho, se sentó ante su escritorio, tomó pluma, tinta y papel.

Querida Jane…

Se acerca la fecha de tu cumpleaños… y en días así… la añoranza me asfixia aún más… y me roba el sueño. Te extraño terriblemente… tengo tantas cosas que contarte… Sabes… aún no he encontrado exactamente a una esposa "adecuada"… pero… parece que he conocido a una señorita… increíble. Al final… ¿Qué significa eso de "adecuada"? Quizá… solo sea otra invención de la sociedad… o de mi mente…

Cuando terminó la carta… la dobló con cuidado… la colocó dentro de un sobre de correspondencia… abrió el cajón de su escritorio… y la guardó junto a un mazo de cartas nunca enviadas… y cerró la gaveta con llave. Cartas no enviadas… pero escritas con el corazón… y todas… destinadas a una única destinataria.

¿Por qué no las enviaba?
¿Por qué solo… las guardaba escondidas?
Tal vez… solo ele… lo sabía.

Capítulo 20

La tarde era agradable. Dall estaba sentada bajo el emparrado que se encontraba al fondo del jardín, donde una mesa de hierro forjado y dos sillas completaban aquel escenario que bien podría haber sido extraído de las páginas de una novela. En sus manos sostenía un ejemplar de *Romeo y Julieta*, que el mayordomo le había mencionado que existía en la biblioteca y que ahora leía con una mezcla de encanto y nostalgia. Ya conocía la historia, pero vivirla allí, en aquel tiempo, hacía que cada frase pareciera más real que nunca. Desde que ella y Sebastian se habían besado, hacía dos noches en la sala de música, ambos se evitaban con cierta torpeza. Por eso, Dall prefería refugiarse en su habitación o perder-se entre las páginas de un libro en el jardín. Y aquella tarde, tan concentrada estaba, que solo notó la presencia de Sebastian cuando escuchó el crujido de sus pasos sobre la gravilla.

—Empiezo a considerarla parte del paisaje de nuestro jardín —dijo él, con esa media sonrisa que ella ya empezaba a reconocer como una especie de armadura, disfrazada de encanto y caballerosidad—. Así, leyéndo, parece usted una obra de arte inmortalizada por el pincel de algún artista renacentista.

—Milord parece un personaje salido de una novela —le respondió ella, devolviéndole el cumplido, sorprendida por aquel tono galante, después de días de silencios y pequeños constrangimientos. La repentina ligereza le agradó, y decidió seguir el juego.

Él arqueó una ceja y se acercó, apoyándose con elegancia en el respaldo de la silla opuesta.

—La señorita anda con frases peligrosas para un caballero en su propio jardín.

—Y vos andáis con sonrisas peligrosas para una dama con el corazón inquieto. —Ambos sonrieron.

Sebastian tomó asiento frente a ella, y durante algunos minutos permanecieron en silencio, escuchando el canto de los pájaros y el sonido suave del agua de la fuente, un poco más allá. Hasta que Dall cerró el libro con lentitud, marcando la página con el pulgar.

—Milord... ¿puedo decirle algo? Algo que quizá le parezca... extraño. —Ella dudó.

—Debe hacerlo. Y prometo intentar no reír —respondió él, con gentileza y un leve toque de provocación. Se inclinó hacia delante, curioso.

Dall respiró hondo. La brisa jugueteó con uno de sus rizos sueltos cerca de la sien, y ella no lo apartó. Solo mantuvo la mirada fija en la de él, reuniendo todo el valor que pudo.

—Yo... no soy de esta época.

Sebastian mantuvo el rostro sereno durante unos segundos, como si no hubiera comprendido, y continuó mirándola fijamente. Mientras tanto, Dall, nerviosa, movía los pies bajo la mesa, incapaz de esconder su inquietud.

—Perdone, señorita... pero... no le he entendido. —Su expresión era de absoluta perplejidad.

—No soy de esta época —repitió ella, bajando la mirada—. Vengo de un tiempo muy lejano al futuro... donde las damas usan pantalones, trabajan fuera del hogar, cursan estudios universitarios, eligen a sus maridos... y algunas incluso deciden no casarse jamás. En resumen… vengo del futuro. Literalmente.

El silencio que siguió fue absoluto, como si hasta el propio viento hubiera dejado de soplar. Sebastian, sin decir palabra, se levantó con calma, rodeó la mesa y, para su sorpresa, posó una mano en su frente.

—No tiene fiebre… —murmuró en un tono entre serio y divertido—. No hay signos de delirio evidente… Tampoco parece bajo el efecto del opio… —Se inclinó un poco más, examinando sus ojos —. ¿No será una broma? ¿O quizás ha tomado demasiado sol con ese hábito de leer en el jardín?

—Sabía que sonaría absurdo… pero es la verdad. Lo juro. Vengo de 1982. Soy bibliotecaria. Estaba con unas amigas en la librería Hatchards… había un libro extraño… lo abrí… leí una especie de frase… hubo un resplandor… y… entonces… desperté aquí.

Sebastian se apartó un poco, cruzó los brazos y permaneció de pie, mirando al suelo durante varios segundos. Luego alzó la vista hacia ella, con una expresión difícil de descifrar.

—Supongamos que… decidiera creer en esa historia tan… peculiar. ¿Por qué me lo cuenta ahora… y solo a mí?

—Porque confío en vos, Milord. Porque sentí que debía ser honesta. Y porque… de algún modo… intuía que podría entenderme. Aunque… no me crea.

Él la observó largamente… con sus ojos oscuros, entrecerrados… como si tratara de descifrar un enigma que ni el propio tiempo podría explicar.

—Es… la cosa más absurda que he escuchado jamás —dijo finalmente.

—Lo sé —susurró ella, bajando la cabeza.

—Y aun así… —Sebastian soltó un leve suspiro—. No consigo… desconfiar por completo de usted. La vida… está llena de misterios.

—¿No…? —Ella alzó los ojos, sorprendida.

—No. Quizá sea por su mirada… y esa forma de observarlo todo… como si lo viera por primera vez. Además… en el fondo… todos tenemos secretos… o algo que escondemos… y que no siempre estamos dispuestos a revelar. —Concluyó en un tono grave… y aquella sombra de melancolía volvió a oscurecer sus ojos.

—Entonces… ¿no piensa que estoy loca? —preguntó ella, tragando saliva… y percibiendo de nuevo esa reserva… esa especie de dor oculta que él parecía evitar siempre.

—Creo que sí… —Él sonrió, con esa expresión que ya le era familiar—. Pero de la mejor manera posible.

Ella rió, aliviada. Él volvió a sentarse, esta vez más cerca de ella. Su mirada bajó hasta el libro que descansaba en su regazo. Ambos intercambiaron una última mirada cómplice… después de aquella revelación inesperada… y la brisa volvió a soplar entre las glicinas del jardín.

Aquella tarde… bajo la luz dorada de la primavera… no había certezas.
Pero sí algo más poderoso:
Un vínculo… que cada vez parecía más inevitable.

Capítulo 21

Ya era bien entrada la noche cuando Dall, aún retirando las horquillas de su cabello, escuchó voces elevadas atravesando las paredes silenciosas del ala este. Al entreabrir la puerta, se dio cuenta de que las palabras venían desde la planta baja. Reconoció ambas voces: Lady Beatrice y Sebastian… discutiendo.

—¡Estás posponiendo lo inevitable! —exclamaba la tía, con un tono tan afilado como una hoja de cuchillo—. El próximo baile en el Almack's será dentro de pocos días. ¡Debes elegir a una lady para cortejar, a tu futura esposa!

—¡No me gusta sentirme presionado, tía! —respondió Sebastian con firmeza—. El hecho de que todos esperen algo de mí, no significa que yo esté preparado para ofrecerlo. El hecho de haber dicho que me casaría sin amor… no quiere decir que deba hacerlo de forma apresurada ni con cualquier dama.

—¡Por favor, deja de hacer teatro! Antes de que esa extraña apareciera con sus ropas indecentes y sus modales enigmáticos, tú decías que no necesitabas amor. Que te casarías con quien fuera más conveniente, porque tu corazón no formaba parte de la ecuación. ¿Y ahora? Estás distinto. Titubeante. ¡Has cambiado!

Dall, detenida junto a la barandilla del piso superior, sintió que el estómago se le encogía. La voz de Lady Beatrice cortaba como hielo. La mención directa a ella… y el hecho de haber afectado tanto a Sebastian… todo le golpeaba como un dolor repentino en el pecho. Volvió rápidamente a su habitación y cerró la puerta con cuidado. Nerviosa, empezó a andar en círculos, mientras, sin querer, seguía escuchando fragmentos de aquella discusión.

La idea de que Sebastian eligiera a otra mujer…
De verlo casarse por conveniencia, por linaje… por todo aquello que ella no era…
Dolía. No debería doler… pero dolía.
Lamentablemente… se había enamorado de él. De un hombre de casi doscientos años atrás, que en su época original… ya estaría muerto.

Se acercó a la ventana y notó que, a pesar de ser primavera, empezaba a caer una lluvia nocturna. De repente, percibió que la discusión había cesado. Ya no escuchaba voces alteradas. Afuera, la lluvia arreciaba, las rosaledas se agitaban bajo el viento fuerte. Fue entonces cuando oyó la puerta principal de la mansión cerrarse con un golpe seco. Unos pasos decididos resonaron sobre las piedras de la entrada y se alejaron hacia el jardín. Dall abrió mucho los ojos intentando distinguir mejor en la oscuridad a través del cristal de la ventana. Era Sebastian.

—¡Dios mío…! ¡No puede salir así bajo esta lluvia, sin abrigo y sin paraguas! ¡Podría enfermar… y aún no se han inventado los antibióticos! —exclamó ella, angustiada, llevándose las manos a la cabeza.

Sebastian, sin abrigo, sin capa y sin paraguas… únicamente con una bata oscura sobre la ropa de dormir y el cabello ya empapado, caminaba bajo la lluvia como si buscara perderse en la oscuridad del mundo, con aquella actitud tan suya, tan excéntrica. El corazón de Dall latía con fuerza. Sin pensarlo, tomó el chal más grueso que tenía, se lo echó sobre los hombros, calzó las pantuflas que la doncella le había dejado junto a la cama y salió de la habitación. Bajó las escaleras a paso rápido, cruzó el vestíbulo vacío con las manos temblorosas, abrió la puerta principal. El viento frío la golpeó de inmediato, agradeció en silencio que no fuera invierno… y no se detuvo. Sebastian ya estaba lejos, de espaldas a la casa, caminando entre las piedras mojadas.

—¡Lord Montrose! —gritó ella.

Él se detuvo. El sonido de la lluvia ahogaba las palabras, pero al girarse, la vio corriendo hacia él, el chal pegado a su cuerpo, el cabello comenzando a empaparse. No parecía desear compañía; claramente la discusión con su tía lo había dejado profundamente irritado, al punto de olvidar su habitual formalidad y caballerosidad.

—¿Qué hace aquí? —exclamó él, visiblemente contrariado—. ¡Se va a enfermar, señorita Smith! ¡Vuelva adentro!

—¡No! —gritó ella de vuelta, deteniéndose a pocos pasos de él —. ¡No voy a hacerlo! ¡No puedo dejarle así! ¡Usted también va a enfermar si no regresa ahora!

—¡Por el amor de Dios! —Él se pasó la mano por el rostro mojado—. ¡Solo quiero un poco de paz! ¡Quedarme solo con mis pensamientos! ¡Eso es todo!

—¿Y cree que la encontrará en una noche fría y lluviosa? ¿Enfermándose? ¿Desapareciendo?

—¡Está usted demasiado preocupada por mí! ¿Acaso es una hada? ¿Una que ha venido del futuro para salvarme? —dijo él, con sarcasmo, y sonrió con ironía.

—¡No! —respondió ella, con la voz entrecortada—. ¡No soy un hada… y no he venido del futuro para salvarle… He venido al pasado para amarle!

El silencio que siguió fue más atronador que cualquier trueno. Sebastian la miró fijamente. Por un instante, ambos, de pie, uno frente al otro, quedaron inmóviles. Las gotas de lluvia corrían por sus cabellos, por sus ojos, por sus labios… pero había una nueva luz en su mirada. Una sorpresa. Una conmoción. Como si, en ese instante, algo en su mundo finalmente se hubiera alineado. Entonces, como si el tiempo se detuviera allí mismo, entre las

piedras empapadas del jardín, él, de manera impulsiva y vehemente, la tomó entre sus brazos… y ella le correspondió al instante, abrazándolo, ambos con la ropa empapada por una lluvia que seguía cayendo con fuerza. Y entonces, la besó… con la misma fuerza de aquel abrazo… y ella, con igual pasión, le devolvió el beso, sin reservas. No fue el beso tierno de la sala de música… sino un beso voraz… como si ambos quisieran apagar con él algo que llevaban reprimiendo demasiado tiempo. Se besaron bajo la lluvia, con las bocas fundidas, como si quisieran absorberse el alma y la esencia el uno del otro. Un beso húmedo por la lluvia… pero caldeado por la promesa de algo que aún ninguno se atrevía a nombrar. Cuando se separaron, Dall llevó las manos a sus labios… asustada por su propia valentía.

—Yo… yo… —balbuceó ella. Y antes de que él pudiera decir palabra alguna, se volvió y corrió de regreso hacia la entrada principal de la mansión. Sebastian también quedó sorprendido por la actitud de la joven… y por la suya propia. Pero prefirió no ir tras ella… y concederle su espacio.

Dall subió las escaleras corriendo, sin mirar atrás… con el corazón desbocado… el cuerpo empapado… y una certeza latiendo fuerte en su interior:
Lo amaba.
Y ahora… él lo sabía.

Capítulo 22

La semana que siguió al beso en el jardín estuvo marcada por silencios y miradas. Ni Dall ni Sebastian tocaban el asunto, como si temieran que nombrar lo ocurrido entre ellos pudiera deshacer la magia de aquel instante. Además de cierta incomodidad por parte de ambos, similar a la que siguió al primer beso en la sala de música, cada gesto, cada palabra intercambiada durante las cenas o los paseos por la propiedad, estaba cargada de algo más. Un afecto contenido.

"Sé que es una locura... pero estoy perdidamente enamorada de lord Sebastian... ¿Y él? ¿Qué sentirá por mí? Y lo peor: ¿qué sentiré cuando elija a la esposa tan adecuada que su tía desea… o si, en cualquier momento, soy devuelta a mi época, de la misma forma repentina con la que llegué?"

A pesar de tantas preguntas consigo misma, Dall se sentía flotar entre el cielo y la tierra, sin saber si aquel sentimiento tendría dónde posarse. Pensaba en él cada mañana, recordaba el beso todas las noches y se sorprendía sonriendo sola mientras tomaba el té o leía una novela en el jardín. Y, sin embargo, no había declaraciones. No había promesas.

Sebastian, por su parte, parecía aún más reservado. Seguía siendo atento, educado, incluso divertido en algunos momentos. Pero había en él una sombra… como si algo lo arrastrara de vuelta cada vez que su corazón amenazaba con dar un paso hacia adelante. Como si se hubiese arrepentido de haberse dejado llevar por sus impulsos… y de haber mostrado su pasión.

"¿Me ama de verdad? ¿Me ama como he comprendido que la amo? ¿O está simplemente confundida? Esa historia suya de venir del futuro… ¿Debo elegirla como esposa? Da igual que sea o no adecuada para mi tía… el título es mío. Pero... ¿soy digno de amar? ¿De ser feliz? ¿Y la promesa que hice en el pasado?"

Sebastian, sentado en la silla de su escritorio en el despacho, tenía los pensamientos tan inquietos como su corazón. Pasó una mano por el cabello, despeinándolo. Luego abrió una de las gavetas, siempre cerrada con llave, sacó una hoja de papel en blanco, tomó la pluma que reposaba en el tintero… y comenzó otra de sus habituales cartas, cuyo destino final sería la misma gaveta, bajo siete llaves, igual que las demás.

Querida Jane…

Dall intentaba ignorar aquella barrera invisible que existía entre ella y Sebastian. Sabía que no era solo una cuestión de tiempo o de clases sociales. Había algo más… algo que él ocultaba y que justificaba muchos de sus comportamientos. Después de la noche bajo la lluvia, ella se había convencido de que, fuera lo que fuera aquel sentimiento entre los dos, el tiempo lo resolvería. Aunque era difícil prever cuánto tiempo les quedaba juntos. En el fondo, intuía que existía un motivo más profundo detrás de todo aquello… como si él la amase, pero no quisiera amar. Lo que Dall no imaginaba era que estaba a punto de descubrir el secreto de Sebastian… o al menos, algo que él evitaba mencionar.

Era final de la tarde cuando todo ocurrió. La mansión estaba en calma. Sebastian había sido llamado por el cochero para resolver un asunto urgente relacionado con uno de los caballos favoritos de la casa. Salió apresurado de su despacho, olvidando cerrar con llave la gaveta inferior de su escritorio, que quedó entreabierta.

"La puerta del despacho está entreabierta… y por lo que parece, Sebastian no está dentro… ¿Y si entrara solo para satisfacer un poco

mi curiosidad?"

Ese fue el primer pensamiento de Dall, que pasaba por el pasillo cuando notó la puerta entornada. No pudo resistirse a la curiosidad. Siempre había imaginado aquel lugar como un refugio particular del barón. Repleto de documentos importantes, mapas de sus viajes y, quizá, alguna botella de coñac escondida en algún compartimento secreto.

La joven bibliotecaria entró despacio, sabiendo que estaba haciendo algo inapropiado, pero su curiosidad la empujaba a continuar. La luz dorada del atardecer proyectaba sombras sobre los muebles de madera oscura. Una gran mesa estilo escritorio ocupaba el centro del despacho, y sobre ella descansaban algunos libros abiertos y una pluma sumergida en un tintero de cristal. Dall pasó la mano, con cariño y admiración, sobre el tablero, procurando no mover nada de su sitio.

"El despacho de un noble… la mesa donde toma decisiones, donde escribe cartas quizá... ¿Qué sucederá con este escritorio dentro de casi doscientos años? ¿Resistirá a la implacable fuerza del tiempo? Algunas cosas sobreviven… otras no…"

Dall estaba absorta en la nostalgia que aquellos objetos le provocaban… pero fue la pequeña rendija de la gaveta inferior, todavía con la llave en la cerradura, lo que captó su atención. Por un instante, dudó.

"No debo… No tengo ese derecho…"

Sin embargo… algo dentro de ella, quizá el mismo impulso que la había llevado a atravesar el tiempo, la empujó a abrir la gaveta, solo un poco. Allí, cuidadosamente ordenados y envueltos con una cinta de satén rojo, había varios sobres que parecían contener cartas. La caligrafía era elegante y firme. Y todas comenzaban con el mismo nombre: *Jane*. El corazón de Dall dio un

vuelco. *Jane*. Un nombre sencillo… y, aun así, parecía encerrar un peso inmenso allí dentro.

"¿Será alguna pretendienta? ¿Alguien que lo rechazó… o quizá… alguna mujer casada… su amante? Nunca ha mencionado otras figuras femeninas en la familia… Ese nombre no me resulta familiar…"

Dall tomó una de las cartas con delicadeza, temiendo que se deshiciera en sus dedos. Sin mencionar el miedo de ser sorprendida con su regreso. Por un momento, pensó en llevársela a su cuarto para leerla con calma… pero, ¿y si él notaba la ausencia de una de ellas? Además, se sentiría no solo una curiosa… sino una ladrona. Decidió permanecer allí mismo… con un ojo en la carta… y otro en la puerta. Sin embargo, lo que estaba a punto de descubrir le haría olvidar la puerta… e incluso el suelo bajo sus pies. Así, con el corazón latiendo desbocado, comenzó a leer mentalmente:
Querida Jane…

Hoy el sol ha amanecido pálido… como si también él echara de menos tu sonrisa…

Capítulo 23

Leyó en silencio, fragmento tras fragmento, y cuanto más avanzaba, más sorprendida quedaba. Jane no era una pretendienta, ni tampoco una amante casada.

Era su hermana. Y estaba muerta.

La carta no decía cómo ni cuándo. Pero, a medida que continuaba leyendo otras, Dall fue comprendiendo el luto silencioso de Sebastian, la melancolía de su música… y ese temor que parecía sentir a la hora de aceptar la felicidad.

"Debería haber muerto en tu lugar… y por eso no merezco ser feliz."

"Perdóname, Jane… Mi error costó tu futuro."

La revelación cayó sobre Dall como un rayo. Se apoyó en la mesa con una mano para no desplomarse. El manojo de cartas permanecía en el cajón abierto… algunas de ellas, que acababa de leer, descansaban ahora sobre el escritorio… y sus ojos estaban anegados en lágrimas. Sebastian cargaba con un peso… Un secreto que nadie parecía ver. Una tragedia familiar que lo marcaba… Una herida que jamás había compartido, al menos no con nadie fuera de su círculo más íntimo, y que ahora explicaba tantas de sus actitudes.

Fue en ese instante que la puerta, que ella había dejado entornada, se abrió por completo.

Sebastian apareció, tomando a Dall por sorpresa. Entró en la habitación con el rostro aún tenso por el contratiempo que acababa de resolver… pero se detuvo al verla allí. Sus ojos fueron directamente a las cartas entre sus manos… y comprendió de

inmediato lo que estaba ocurriendo. El silencio entre ambos se alargó durante unos segundos que parecieron eternos. Él cerró la puerta.

—Yo… —comenzó, pero su voz se quebró. Pasó ambas manos por el rostro. —No deberías haber visto esto. —Dijo finalmente, con una mezcla de disgusto y un leve matiz de vergüenza.

—Perdón… Yo… el cajón estaba abierto… y… —Dall murmuró con timidez, pero su voz estaba cargada de compasión.

—No hace falta que lo expliques. —Sebastian respiró hondo, con los ojos brillando por esa pena contenida que ella ahora entendía… aunque no conociera todos los detalles. —Ya no importa.

—¿Jane era… tu hermana? —preguntó Dall, con cautela. Él asintió con un gesto casi imperceptible.

—Tenía dieciséis años. Ella… trece. Era mi única hermana… Un rayo de luz en nuestras vidas… —Su voz se quebraba a cada palabra —. Estábamos en nuestra casa de campo… jugando en el jardín… Mi padre tenía un arma guardada, pero yo… —cerró los ojos, girando el rostro, como si el recuerdo fuera demasiado doloroso—… creí saber cómo manejarla…

—Por favor… —ella dijo, acercándose un poco más—. Si es tan doloroso, no necesitas seguir. Ahora ya comprendo el motivo de muchas de tus ideas… de tus actitudes… Es suficiente.

—Fue un disparo accidental. Solo… un chasquido. Un segundo… y ella… cayó. Sí… La maté. —Hizo una pausa profunda—. Es exactamente eso lo que has oído… Y necesitaba decirlo… confesarlo… porque la culpa… todavía me desgarra… incluso después de once años.

Dall sintió las lágrimas arderle en los ojos. El dolor de él se desbordaba frente a ella… finalmente liberado de la celda donde lo

había encerrado durante tantos años. Era imposible no conmoverse ante aquella confesión… y aquel rostro atormentado por la culpa.

—Desde entonces… —continuó Sebastian— nunca más me he permitido soñar con el amor… con la felicidad… No creo merecerlo… Porque… yo le robé a ella su oportunidad de ser feliz…

Dall se acercó despacio, con los ojos anegados, y posó una mano sobre el pecho de él antes de decir:

—Pero te lo mereces, Sebastian… Mucho más de lo que imaginas. Por más terrible que fuera… fue un accidente. Una de esas tragedias que nadie desea ni para su peor enemigo… pero que… por desgracia… a veces ocurren.

Él no respondió. Solo la miró… y después cerró los ojos durante un instante. Las lágrimas brotaron silenciosas… y fue en los brazos de Dall donde, por fin, dejó que su dolor se derramara. Con la cabeza apoyada en su hombro… lloró. El barón… el caballero… el lord… el pianista escondido… por fin permitiéndose desbordar su sufrimiento en los brazos de alguien que lo acogía sin juicios.

Y así… en aquel abrazo… Dall supo con certeza que, por su parte: Nada podría separarlos.
Ni la culpa,
Ni el tiempo...

Capítulo 24

Esa misma noche, ya entrada la madrugada, Sebastian dormía. El sueño llegó antes de lo habitual. Su corazón latía más ligero, aunque aún un poco tembloroso por la confesión que había hecho a Dall. Por primera vez en muchos años, compartió su dolor. Por primera vez, alguien le escuchó… no con juicio, sino con acogida… con un silencio compassivo.

Se durmió con el recuerdo de su abrazo. De aquel gesto simple… que tuvo más poder de cura que todos los años de silencio o las palabras hipócritas de los pocos familiares que sabían la verdad. En su momento, el hecho de que todo ocurriera en una casa de campo alejada y bajo la protección económica de la familia hizo que aquel episodio fuese tratado como un accidente familiar… un tema que se evitaba comentar en público… o siquiera dentro de la propia familia.

Entonces… su cuerpo por fin se relajó por completo… y soñó…

Era el jardín de la casa de campo de su infancia. Los rosales parecían más altos… más vivos. El cielo estaba despejado… y el aire llevaba ese perfume delicado… el aroma fresco y floral de la primavera.

Estaba allí… de pie… descalzo… sobre la hierba. Una brisa suave le revolvía el cabello… y todo a su alrededor parecía… suspendido en el tiempo.
Fue entonces cuando la vio: Jane.

La joven, aún en esa etapa entre niña y mujer… corría hacia él… con su larga melena castaña suelta al viento… y el vestido blanco ondeando como una nube ligera. Sonreía. La misma risa clara que él guardaba en la memoria… como la melodía más preciosa de su juventud.

—¡Sebastian! —llamó ella, riendo—. Estás más mayor… pero sigues poniendo esa cara seria…

Él no pudo responder de inmediato. El impacto de verla… de sentir su presencia… lo dejó sin aliento. Estaba viendo… en sueños… a su hermana. A su Jane. Más viva que nunca.

—Jane… —susurró—. Perdóname…

Ella se detuvo frente a él… y le tocó el rostro con una ternura que lo hizo estremecer.

—No hay nada que perdonar, querido hermano… —dijo ella con suavidad—. Fue un accidente. Nunca te culpé. El único que aún necesita perdonarte… eres tú mismo.

—Debería haberte protegido… —cerró los ojos… las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Tú me amaste como hermano… fuiste mi héroe en los juegos… y con eso me basta. —Ella sonrió—. Ha llegado el momento de que te liberes… de que te permitas ser feliz… de que vivas el amor. Porque esos… esos son los verdaderos sentidos de la vida.

Él la miró a los ojos… sintiendo en su interior aquella paz que tanto había buscado.

—No sé si puedo…

—Sí puedes… ya has empezado. —Jane inclinó un poco la cabeza—. Solo tienes que permitirlo. Más allá de las convenciones… de los miedos… de la culpa. El amor… no se detiene por eso. El amor… simplemente sucede.

El viento sopló de nuevo… y poco a poco… ella comenzó a alejarse… sin darle la espalda… aún sonriendo.

—Vive, Sebastian… vive el ahora… Ama… Sé feliz… por mí… por ti…

—¡Jane! ¡Espera!

—Siempre estaré contigo… siempre que me necesites… pero ahora… tengo que irme…

Sebastian despertó con los primeros rayos del sol entrando por las rendijas de la cortina. Estaba recostado de lado… el rostro aún húmedo. Pero no era una lágrima de dolor… era de emoción… y de alivio.
Jane había venido a él.

Jane… lo había liberado.

Durante un instante, permaneció tumbado… mirando al techo… aún emocionado por el sueño… pero con una sonrisa en los labios… una sonrisa verdadera.

Había dentro de él un aire nuevo. Una ligereza inesperada. Como si los nudos del pasado… hubieran comenzado a deshacerse durante la noche… y ahora el mundo se mostrara… nuevamente vasto, luminoso… y lleno de posibilidades.

Capítulo 25

Después de pasar un tiempo aún procesando el sueño que había tenido con Jane, Sebastian decidió levantarse de la cama y vestirse… sin siquiera pedir ayuda a su ayuda de cámara. Se sentía liviano… como no se permitía sentir desde hacía muchos años. El sueño con Jane seguía resonando en su mente con la nitidez de un recuerdo vivo.
Las palabras de su hermana reverberaban como un susurro de bendición.

***"Te mereces ser feliz."* — Sí… ahora lo creía.**

Quería contárselo a Dall… lo antes posible. Necesitaba verla… decirle que algo había cambiado… que él había cambiado. Que, por fin, se permitía sentir. Deseaba mirarla a los ojos… y dejar que la verdad saliera de sus labios sin miedo… ni vergüenza. Después… ya se las arreglaría con su tía Beatrice.

Pero para su decepción… la joven no estaba ni en el jardín… ni en la biblioteca.

—No sería apropiado subir a su habitación… ¿Pero dónde estará? Necesito verla…

Subió discretamente las escaleras y preguntó a una de las doncellas si la señorita Smitch ya había bajado. La muchacha respondió que la señorita no había salido de su cuarto desde la noche anterior. Tal vez aún estuviera durmiendo. Sebastian sonrió con ternura. Después de todo, era temprano.

En ese momento… el mayordomo se acercó. Como responsable de los asuntos de las propiedades rurales de la familia… le informó de un problema urgente con un proveedor. Una situación que exigía atención inmediata.

—Maldito momento inoportuno… —murmuró para sí mismo mientras el cochero preparaba el carruaje.

Vaciló antes de subir. Tenía que dejarle un mensaje. Quería que Dall supiera que aquella noche… prometía ser especial. Que volvería antes del comentado baile en el Almack's… y que esperaba verla tan encantadora como la última vez… o incluso más… ahora que su corazón… por fin… estaba desprotegido y bendecido.
Volvió rápidamente a su despacho… tomó papel y pluma… y escribió… con su caligrafía firme… algo más inclinada de lo habitual… quizá por la prisa.

"Señorita Smitch,

Esta noche… volveremos juntos al Almack's… como la última vez. Confieso que, desde entonces… ningún otro baile ha tenido el mismo brillo. Confío en que estará tan hermosa como aquella noche… o quizás más… si eso es posible.
Su presencia ilumina salones… y llena mis pensamientos.

Lord Sebastian de Montrose"

Dobló la nota con cuidado… la selló con el escudo de la familia Montrose… y la entregó al mayordomo… con instrucciones claras:

—Entréguesela a la señorita Smitch en cuanto despierte… y dígale que regresaré a tiempo para acompañarla.

Dall escuchó un leve golpe en la puerta. Ya estaba despierta… pero seguía envuelta en las sábanas… parpadeando lentamente… la revelación de la noche anterior seguía fresca en su mente. La doncella entró en silencio… llevando una bandeja con té… tostadas… y un pequeño sobre sobre el lino blanco.

—Una nota, señorita… De Lord Montrose —dijo con una sonrisa discreta antes de retirarse.

Dall se incorporó de inmediato… sus cabellos rubios despeinados cayendo sobre los hombros. Tomó el sobre con manos temblorosas… ya sintiendo su corazón acelerarse. Reconocía aquella caligrafía…
Al abrirlo… leyó lentamente. Su corazón latía con fuerza… no solo por el contenido… sino por el gesto en sí. Por lo visto… desahogarse… y llorar en su hombro… le había hecho un bien enorme.
Él había pensado en ella.
Le había dejado palabras dulces antes de partir.
Quería verla de nuevo en el baile… deseaba bailar con ella…
Las mariposas revolotearon en su estómago… como si danzaran una coreografía propia. Una sonrisa se dibujó en su rostro… sin que ella misma se diera cuenta. Llevó la nota a los labios… y cerró los ojos por un instante.

—Oh, Sebastian… —susurró para sí misma—. ¿Qué me está pasando?

Sentía el corazón latiendo en la garganta… como en las mejores novelas que había leído… y que jamás pensó vivir.
Entonces… como en un ritual silencioso… se levantó de la cama… decidida.
Había un baile para el que prepararse…
Y… quizás… un destino al que empezar a decir… sí.

Capítulo 26

La música de la orquesta llenaba el salón. Era otra noche de baile en el legendario club Almack's, el templo sagrado de la sociedad londinense, donde alianzas, intrigas y matrimonios se gestaban bajo los candelabros de cristal y las miradas bien entrenadas de las patronesses. La temporada social bullía… y aquella noche… bullía aún más.
Porque ella… por segunda vez… estaba allí: Dall… la desconocida de la primavera.
La extraña… de ojos curiosos… sonrisa dulce… y gestos elegantes… que parecía salida de un sueño literario o de una línea perdida en el tiempo.

Dall vestía un modelo de seda color rosa té… con delicados bordados en el busto y cintura alta. Un vestido sencillo… pero que caía sobre ella con la nobleza de una verdadera lady. El escote discreto y los guantes de encaje le conferían un aire de encantamiento difícil de ignorar.
Y… al igual que la primera vez que cruzó las puertas de aquel lugar… no pasó desapercibida.
Caballeros la miraban de soslayo… deseando inscribir sus nombres en su tarjeta de baile.
Damas cuchicheaban tras los abanicos… intentando descubrir de dónde venía aquella criatura… que en tan poco tiempo… capturaba miradas… suspiros… y titulares.
Y que… al parecer… había conquistado la atención de uno de los solteros más codiciados de la temporada.
Pero sólo un hombre ocupaba espacio en su tarjeta de baile: *Lord Sebastian de Montrose… el Barón de Ravenshire*.

El barón de Ravenshire… tan imponente como elegante… estaba impecable aquella noche: levita negra… chaleco en gris perla… guantes claros… el cabello oscuro peinado hacia atrás… y esa mirada… ah, esa mirada…
Bailaron una contradanza… sonriendo más con los ojos que con los labios.
Los movimientos eran suaves… como si uno supiera exactamente dónde estaría el otro… incluso sin mirarse.
Y cada vez que la mano de otro hombre rozaba la de Dall… los ojos oscuros de Sebastian se oscurecían aún más… de celos. Pero era una contradanza… no había forma de evitarlo.
Cuando comenzó el vals… Sebastian le ofreció el brazo con una reverencia discreta… pero cargada de significado.
Dall aceptó… con un leve movimiento de cabeza… sus manos enguantadas se tocaron… con un estremecimiento contenido.

—¿Está disfrutando del baile, señorita Smitch? —preguntó él… conduciéndola entre las parejas que giraban por el salón.

—Mucho, Milord. Es todo tan... real… —Se contuvo para no decir *como una viajera del futuro*.— Perdón… quise decir… maravilloso. —Sonrió… y él la atrajo con delicadeza un poco más cerca.

—Confieso que recordé su fascinación la primera vez que entró en el Almack's… Sus ojos parecían absorber cada detalle… —murmuró él.

—Y quizás aún lo hagan… —susurró ella de vuelta.

Él la hizo girar… y… cuando regresó a sus brazos… Sebastian la miró con intensidad.
Sus ojos… oscuros y provocadores… hicieron que Dall temblara por dentro.
Sebastian lo notó… y aprovechó el momento para sostener su mirada aún más firmemente… antes de soltar un galanteo que llevaba tiempo guardando.

—Cuando la tengo en mis brazos… —comenzó… con la voz más baja que de costumbre— es como si sostuviera algo más valioso que los libros raros que usted dice que existen en nuestra biblioteca.

Dall contuvo la respiración.
Al escuchar tal halago… su corazón se aceleró aún más… y su rostro se tiñó de rojo.
Bajó un poco la mirada… respondió con una sonrisa dulce… pero su voz la traicionó… dejando escapar su inquietud.

—Pero… ¿cómo elegirá a su futura esposa adecuada… esa que su tía desea? La futura Lady Montrose… —murmuró… con un leve temblor en la voz. Reunió fuerzas desde el fondo del alma… y habló… mirándolo a los ojos.

Él detuvo el giro de la danza.
Mantuvo sus manos alrededor de su cintura… sujetándola con firmeza. A pesar de que seguían bailando… era como si el salón hubiera desaparecido a su alrededor.
Los violines continuaban… pero para ellos… el mundo se había silenciado.

—Ya no necesito preocuparme por elegir a mi futura lady —dijo Sebastian… con voz firme pero suave—. Porque ella… ya está aquí… entre mis brazos.

Dall abrió mucho los ojos… las palabras tardando unos segundos en ser comprendidas del todo.

—Lord Montrose… —susurró… boquiabierta.

—Por favor… a partir de hoy… Sebastian… —la corrigió… con ternura.

—Sebastian… —repitió ella… aún sin creerlo.

—Señorita Smith… ¿Aceptaría casarse conmigo? —Él se inclinó levemente… aún bailando… como quien brinda por su propio destino.— ¿Aceptaría ser mi esposa? ¿Futura Lady Dall Montrose? ¿Baronesa de Ravenshire?

Sintió que el mundo giraba a su alrededor… y no era por el vals… Era su corazón… Era el tiempo…
Lo imposible… haciéndose real.
Su mirada… era sincera y profunda.
No había convenciones… ni presiones por linajes.
Sólo él… y ella.
Entonces… con los ojos húmedos por la emoción… y una sonrisa que se escapaba… a pesar de sus intentos por contenerla… allí… en medio del salón… respondió en un susurro:

—Sí… Por siempre sí… acepto.

Dall intentó disimular las lágrimas de emoción… bajo las miradas curiosas.

Sebastian sonrió… de manera abierta y sin reservas… como pocas veces lo hacía.
Continuaron el vals… ahora bailando entre suspiros… y las miradas de una sociedad que… aunque aún no sabía exactamente lo que acababa de ocurrir… intuía… que algo… había cambiado. Pero ya nada importaba.
Nada… salvo ellos.

En la primavera de 1812… el barón de Ravenshire… había elegido no una esposa por conveniencia…
Sino… a una mujer… por amor.
Y así… en aquella danza… sellaron la promesa de un nuevo futuro… juntos.

Capítulo 27

La berlina de la familia Montrose avanzaba en silencio por las calles adormecidas de Londres, envuelta en la niebla que descendía al final del baile, mezclada con una ligera bruma londinense producto de la quema de carbón en fábricas y hogares. La ciudad dormía… pero dentro de la carruaje… dos corazones estaban despiertos.

Sebastian y Dall iban sentados uno al lado del otro… los hombros casi rozándose… pero ninguno pronunciaba palabra. No era necesario. Las miradas intercambiadas desde que abandonaron el salón de Almack's eran suficientes: complicidad… ternura… deseo…

Él la observaba de reojo… como si aún no pudiera creer tenerla allí… a su lado.

Ella… aún conservaba el brillo en los ojos… y la sonrisa en los labios.

Sentada frente a ellos… Lady Beatrice… en su experiencia de mujer madura… sospechaba que había un aire extraño en el ambiente… pero no se atrevía a comentar nada.

Al llegar a la mansión Montrose… el reloj del vestíbulo marcaba casi las dos de la madrugada.

—Ha sido un buen baile… aunque… después de tantos bailes y temporadas en Almack's a mi edad… podría decir que no ha sido más que otro baile más. —La señora habló con desdén… mientras permanecía de pie en medio del salón… golpeando suavemente su abanico cerrado contra la palma de la otra mano.

—Yo diría que ha sido un baile encantador. —Sebastian respondió adrede… con una expresión de felicidad en el rostro.

—Hum… Entonces, sobrino mío… si te ha parecido tan encantador… deberías haber aprovechado para elegir a alguna de las bellas señoritas de buena familia que allí había… para cortejarla. —

La baronesa hizo una pausa… y dirigió la mirada hacia Dall… que permanecía de pie… escuchando… pero casi conteniendo la respiración para no delatar su felicidad.
—En cuanto a usted… Dall… debo decir que ha sido una presencia agradable… y que ha sabido comportarse.

—Gracias, milady. —Dall agradeció con discreción… pero doblemente feliz… pues era la primera vez que recibía un elogio de labios de la baronesa.

—Ahora, si me disculpan… voy a retirarme… mi espalda me está matando. Por favor… no se queden mucho rato a solas en el salón… no es apropiado. —La señora subió las escaleras con elegancia… levantando ligeramente la falda de su vestido… dejando atrás en el salón… a la pareja enamorada.

Ella no sabía… que aquella noche… su sobrino había pedido en matrimonio a una dama.

—Por supuesto, tía mía… en breve… también me retiraré. —Sebastian respondió con seriedad.

—Sí, milady. —Dall asintió… incluso extrañada de que la baronesa hubiera hablado sin insinuar acusaciones… ni supuestas obligaciones morales.
Desde hacía semanas… sus insinuaciones parecían haber disminuido.
Apenas Lady Beatrice desapareció escaleras arriba… el crujido del suelo… provocado por sus pasos… dejó de escucharse. Dall fue sorprendida por los fuertes brazos de Sebastian… que la rodearon por la cintura de forma inesperada.

—¡Sebastian! —protestó ella con una risita… dándole suaves golpecitos en su pecho fuerte.— ¡Podrían sorprendernos! Incluso su tía podría regresar…

—Hum… Digamos que estoy dispuesto a correr el riesgo. ¿Y usted… milady? —Sebastian habló en tono galanteador… mirándola directamente a los ojos.
Y ella… asintió con un leve movimiento de cabeza… indicando que sí.

Entonces… Sebastian… que ya la sujetaba por la cintura… la mantuvo pegada a su cuerpo… y descendió sus labios masculinos… sobre los labios delicados de ella.
Dall correspondió con la misma intensidad.
El beso pareció encender un volcán en el interior de ambos.
Sebastian… con su lengua suave… gentil pero a la vez intensa… exploraba cada rincón de la boca de la joven y futura lady.
Una lady… que sentía que el suelo desaparecía bajo sus pies… flotando en sus brazos. Hasta que un ruido interrumpió la escena… haciendo que ambos se separaran de inmediato.

—Perdón, milord. Escuché un ruido en el salón y vine a ver si necesitaban algo. —El mayordomo… con rostro adormilado… pero no exento de cierta desconfianza al ver la expresión de ambos… preguntó con la solemnidad habitual.

—Entiendo, Mr. Butler. Acabamos de regresar de Almack's… mi tía ya se ha retirado… y nosotros también lo haremos enseguida. Gracias… puede retirarse usted también.

—Entiendo perfectamente, milord. —El mayordomo respondió… intentando ser discreto… y evitando mirar por segunda vez el rostro encendido de la joven rubia.

—¿Acepta ayuda para subir las escaleras, señorita Smitch? Una dama siempre termina con los pies cansados después de un baile.
—Ah… sí… claro, milord…

Cuando el mayordomo se retiró… en el silencio de la sala… iluminada apenas por los candelabros parcialmente apagados… Sebastian le ofreció el brazo.

Dall lo aceptó con una sonrisa tímida… y juntos… subieron los peldaños de la escalera alfombrada.

Capítulo 28

— En el tiempo del que dices venir… ¿qué sucede cuando una pareja… no consigue esperar? — Sebastian, de pie y algo indeciso en el umbral de la puerta de su habitación, con el cuerpo y el corazón latiendo de amor y deseo, preguntó con voz grave pero contenida.

— Aunque ya no me sienta parte de ningún tiempo… sino sólo tuya… en el tiempo al que te refieres… simplemente… no esperan… — Dall, apoyada en la entrada de su puerta entreabierta, respondió con pasión, algo sonrojada… mirándole con dulzura en los ojos.

Durante unos instantes… ambos permanecieron de pie… frente a frente… mirándose intensamente… en silencio… con el corazón acelerado.
Sebastian, al oír aquello… aún en el umbral… la tomó en brazos y la besó una vez más.
Después… Dall sintió sus pies abandonar el suelo… cuando él la levantó y… con pasos decididos… cruzó el umbral… entrando en su cuarto… cerrando rápidamente la puerta tras de sí… con la ayuda de uno de sus brazos.
Sin poder apartar la mirada el uno del otro… con un deseo contenido… caminaron hacia la gran cama matrimonial.

La luz de la lámpara de aceite suavizaba el ambiente… iluminando los muebles… la alfombra gruesa… y las cortinas de tejido ligero.
Cuando Sebastian la depositó con cuidado entre las

sábanas de satén blanco… se apartó apenas un poco… y preguntó en voz baja…

—¿Estás segura…? — Sus ojos brillaban de amor y deseo.

—Sí… estoy segura… segura de que te amo. Pero creo que también debería hacerte la misma pregunta… ¿Estás seguro tú? — respondió ella… con la voz emocionada… los ojos negros brillando con la misma intensidad de sentimientos.

—La única certeza que tengo… es que también te amo… y que… si no eres tú… no será nadie más. — Respondió él… dando un paso hacia ella… quitándose la casaca de baile… y acercándose… mientras ella seguía recostada cerca del borde de la cama.

Ella sonrió… un gesto dulce… vulnerable… y lleno de amor. El primer contacto de sus manos fue vacilante.
Él la acarició… rozando los dedos por su cuello delicado… después por los hombros… ya parcialmente descubiertos por la sutileza del vestido.
Dall… aunque nerviosa… se entregaba al momento… aprovechando la oportunidad de vivir un amor tan grande como inexplicable.

—Eres hermosa… especial… — murmuró antes de besarla.

El beso… esta vez… fue suave… como el primero… pero no inocente.
Sus manos exploraron sus hombros… sus dedos… hábiles como los de un pianista experto… encontraron los pequeños botones en la espalda del vestido.
Las manos de ella… temblorosas pero decididas… desabrocharon los botones del chaleco de él… que junto con la casaca… cayó al suelo… seguido por la camisa de lino.

Los movimientos fueron lentos… cuidadosos… como si ambos quisieran guardar aquel instante en la memoria para siempre.
Cuando la vio completamente desnuda sobre las sábanas… la contempló durante largos segundos… con los ojos entrecerrados… como si el mundo a su alrededor hubiese quedado en silencio.

—Retiro lo que dije… No eres hermosa… eres… bellísima… — murmuró… mirándola a los ojos… antes de recorrer con la mirada cada rincón de su cuerpo.

Dall quiso decir algo… responder a un elogio tan profundo… pero no pudo… el encanto la envolvía por completo.

Sebastian… con la delicadeza de un perfecto caballero… se unió a ella en la cama… cubriendo su cuerpo delicado con el suyo… fuerte y protector… y así… hicieron el amor con pasión.Una mezcla de caricias… exploraciones… y corazones que se entregaban.
Él la miraba como si tocara algo sagrado… ella lo acariciaba… como quien por fin encuentra lo que ni sabía que buscaba.
El tiempo desapareció… la época… pasó a ser apenas un detalle.

—Me entrego a ti… por todos los siglos… — susurró él… mirándola a los ojos… antes de fundirse en ella.

—Y yo… me entrego a ti… para siempre… — respondió ella… emocionada… con los ojos brillando… mientras lo recibía dentro de sí.

Así… se amaron durante horas… en aquella madrugada.
Más tarde… acostados lado a lado… su cabello rubio

desparramado sobre la almohada… sus cuerpos desnudos… entrelazados bajo la sábana arrugada… Sebastian acarició… con la punta de los dedos… la curva de su cintura.
La euforia se había disipado… y ahora… compartían un momento íntimo… de relajación… y confidencias.

—Sebastian… necesito preguntarte algo… ¿Puedo?

—Claro… mi querida.

—¿Por qué… de forma tan inesperada… cambiaste de idea… y decidiste elegirme? ¿Aceptar este amor que dijiste sentir por mí? — Dall preguntó con cautela.

—En realidad… inconscientemente… te elegí desde el día siguiente a tu llegada aquí… cuando te vi leyendo en el jardín… eclipsando a las flores… con tu belleza y ternura.
Sin embargo… no me sentía digno de amar… ni de ser feliz… pero… mi hermanita Jane… se me apareció en sueños… una noche antes de declararme a ti… y me liberó de la culpa terrible que arrastraba. — Respondió él… visiblemente emocionado.

—Me alegra tanto oír eso… No sólo por haber sido elegida… y por recibir tu amor… sino también… por saber que ahora… estás en paz… libre de esa culpa.

—Me alegra que lo digas… señal de que me amas de verdad… y que nuestro matrimonio no será… uno más… de esos acuerdos de conveniencia… tan comunes en la sociedad en la que vivo.
¿Puedo también preguntarte algo… sin que te ofendas?

—Claro… — respondió ella… un poco insegura… sin saber a qué se refería.

—¿Hubo… un duelo… o algún tipo de reparación? — Él la hizo esconder la cabeza en su fuerte hombro… mientras acariciaba su cabello… rozándolo con los labios… y preguntaba al oído.

Dall… al principio… no entendió… pero… cuando su mente procesó la verdadera intención de su pregunta… sonrió en silencio… conmovida por tanto caballerosidad… incluso viniendo de un hombre de otro siglo… donde aquello sería motivo de gran prejuicio.
Entonces… con dulzura… y ese brillo en los ojos… mezcla de cariño… alivio… y un leve divertimento…

—No… Sebastian. — Respondió. — No hubo duelo… ni escándalo.

En la época de donde vengo… eso no se considera un crimen. — Explicó ella.

—¿De verdad? ¿Hablas en serio? — Frunció el ceño… confundido.
—No hay necesidad de reparación… ni vergüenza… ni castigo.
Pero… ¿esto cambia algo… en tu decisión? — Dall temblaba por dentro… temiendo la respuesta… pero necesitaba preguntarlo.

Sebastian la miró… durante largos segundos… asimilando aquellas palabras.
Luego… besó su frente… con ternura… y dijo:
—En absoluto.

Eso no cambia… quién eres… ni lo que significas para mí.

Ella sonrió… emocionada.
Se acurrucó en su pecho… sintiendo su corazón latir fuerte… firme… en paz.

El cielo comenzaba a clarear en el exterior.
Sebastian se levantó en silencio… se vistió… y salió lentamente del dormitorio.
Necesitaba regresar a sus aposentos antes de que los criados despertaran… no por vergüenza… sino porque no deseaba exponer a su amada a semejante situación.

—Ahora debemos separarnos… necesito irme. No sería apropiado que los criados me sorprendan aquí.
Pero… mañana… vendré a buscarte… para bajar juntos… al desayuno… y dar la noticia… a mi tía.

—Y yo… estaré esperándote… ansiosa… mi amor.

Antes de cerrar la puerta… Sebastian se volvió una vez más… y pensó:
Nada en este mundo… ni el tiempo… ni el destino… podrá arrebatármela.

Capítulo 29

La mañana amaneció bajo un cielo radiante, como si la propia primavera hubiese decidido obsequiar a la pareja con un sol generoso y un perfume especial. En la sala de desayunos, el aroma del té de jazmín y de las tostadas con mantequilla se mezclaba con la fragancia sutil de las flores frescas dispuestas en un jarrón de porcelana sobre la mesa. El reloj de péndulo marcaba el inicio de un día que Dall y Sebastian jamás olvidarían.

Bajaron juntos. Ella, vestida con un elegante vestido de muselina color lavanda, sencillo pero impecable. Llevaba el cabello recogido con una cinta lila, de un tono más oscuro que el vestido, el rostro sereno, aunque con las mejillas ligeramente sonrosadas. Él, impecable como siempre, vestía una chaqueta gris claro, chaleco de lino y una expresión que los criados, discretamente, notaron más ligera. Como si algo dentro de él, finalmente, se hubiese asentado.

Lady Beatrice ya estaba sentada a la mesa, entretenida con su periódico de sociedad, las gafas descansando delicadamente sobre la punta de la nariz y una taza de té a un lado. Al verles entrar juntos, alzó una ceja, pero mantuvo la compostura. Observó cómo se acercaban a la mesa y, a diferencia de otras ocasiones, no pronunció ningún comentario cortante.

—Buenos días, tía Beatrice —saludó Sebastian.
—Buenos días, milady —añadió Dall, bastante nerviosa.

Sebastian tiró de la silla para que Dall se sentara con delicadeza, y luego tomó asiento junto a ella. Durante algunos minutos, el silencio reinó, sólo roto por el suave sonido del té siendo

servido y la mantequilla extendiéndose sobre el pan caliente. Entonces, Sebastian carraspeó.

—Tía Beatrice... —comenzó con su voz grave, pero controlada — Hay algo que deseamos contarle.

Lady Beatrice levantó la mirada del periódico, observando a su sobrino por encima de las lentes. Dobló el periódico y lo depositó en su regazo con calma. Parecía prever de qué se trataba, viendo cómo, casualmente, ambos habían bajado juntos a desayunar, algo que raramente sucedía.

—Supongo que no será sobre el clima —dijo ella, sin alterar el tono.

Dall sintió que el corazón le latía más rápido. Temía algún comentario cruel, una explosión o una reprimenda. Pero mantuvo la espalda recta, como si su columna estuviera sostenida por el valor de todos los libros que había leído en su vida. Entonces, decidió tomar la iniciativa. No porque Sebastian fuera cobarde, sino porque, como alguien que llegó a esa casa siendo una extraña, sentía la necesidad de hacerlo.

—Lady Beatrice... —fue Dall quien habló, con un leve temblor en la voz— Sé que mi presencia aquí, desde el principio, fue... inusual. Y quizá incómoda.

—Lo fue, en efecto —respondió la señora, con sinceridad, y Dall respiró hondo.

—Pero, con el tiempo... creo que hemos llegado a cierto entendimiento. Pues... anoche, en el baile del Almack's...

—Le he pedido su mano en matrimonio —completó Sebastian —. Y lo he hecho por amor. No por conveniencia, ni por título. Sino porque sé... que es ella.

Un breve silencio se apoderó de la mesa. Lady Beatrice permaneció inmóvil, observándolos a ambos. Sus ojos viajaron de un rostro al otro. Había algo distinto en su expresión... Algo que no correspondía a la tía severa y tradicional. Finalmente, habló:

—Bien... supongo que mi resistencia inicial ha sido vencida —dijo, recostándose en la silla—. La señorita Smitch, en efecto, no posee un linaje noble conocido. Pero tiene lo que falta en muchas damas de esta sociedad: gentileza, dignidad, inteligencia, buen corazón y... —hizo una pausa, mirando a su sobrino— un poder innegable de transformar a mi sobrino... en un hombre mejor y más feliz.

Dall abrió mucho los ojos, emocionada, sin esperar tal reacción. Ni siquiera Sebastian lo esperaba, y sonrió, sorprendido. Por debajo de la mesa, la pareja entrelazó las manos discretamente, apretándolas con fuerza, como señal de compañerismo, complicidad y emoción.

—Tía... esto es... inesperado.

Lady Beatrice sonrió, esta vez de forma genuina, sin desdén ni sarcasmo, y añadió:

—No sería la primera vez que la sociedad londinense ve a una pareja romper los protocolos por amor. Y, en muchos casos, fueron los más felices. —Suspiró— Que vosotros también seáis bendecidos.

La bendición estaba dada, y Dall sintió un nudo en la garganta. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero sonrió, inclinando la cabeza en un gesto de respeto. Sebastian, ahora ya con la mano sobre la de ella, la acarició con suavidad. Luego, la llevó a sus labios y depositó un beso casto pero lleno de significado, allí mismo, ante su tía. Lady Beatrice carraspeó discretamente, alzando de nuevo el periódico.

—Muy bien... Supongo que el siguiente paso será una boda. Que no sea escandalosamente pequeña... pero tampoco un circo. La primavera aún nos favorece. Conociendo a Sebastian, supongo que solicitará una licencia especial para casaros en quince días. — Sebastian rió al escuchar aquello de su tía.

—Como siempre... sus palabras son un equilibrio entre firmeza y estilo —dijo Dall, con amabilidad.

—Naturalmente —respondió ella, sin apartar la vista del periódico—. Y por favor, Dall... llámame Beatrice, al menos entre nosotros.

Dall se quedó sin palabras. Sólo sonrió, emocionada.
Aquella mañana, entre una página más del periódico y una taza de té casi olvidada... dos mujeres de siglos y mundos distintos... se convirtieron, por fin... en amigas.

Capítulo 30

Un mes después…

Quince días habían pasado desde la sencilla ceremonia de boda; así lo habían preferido ambos. Quince mañanas suaves, risas discretas, manos entrelazadas en los pasillos de la mansión Montrose, paseos por los jardines en flor, cenas a la luz de las velas donde las miradas decían más que cualquier palabra, y noches de amor apasionadas. Dall aún se sorprendía, de vez en cuando, dudando de su propia realidad.

¿De verdad estaba allí? ¿De verdad estaba casada con Lord Sebastian de Montrose, barón de Ravenshire, un caballero de alma atormentada que ahora sonreía con frecuencia, tocaba el piano al caer la tarde y le susurraba palabras de amor antes de apagar la última vela del dormitorio? Sí. Lo estaba. Y si había algo de irreal en todo aquello... sólo podía llamarse felicidad.

—Soy la mujer más feliz del mundo y de todas las épocas. Ojalá pudiera gritarlo para que todo el mundo lo oyese —no era raro que se sorprendiera diciendo aquello en voz baja, para sí misma, durante sus momentos de lectura. Aunque, en plena luna de miel con Sebastian, sus lecturas no iban precisamente al día...

Aquella tarde, Dall estaba sola en la biblioteca, sentada en el sillón favorito de Sebastian, una pieza antigua de cuero suave, ligeramente desgastada en los apoyabrazos, mientras el sol se filtraba por los altos ventanales, lanzando reflejos dorados sobre los muebles de caoba y los lomos de los libros. Abrazaba un pequeño cojín, los pies descalzos bajo la falda de su vestido de

algodón claro, el cabello recogido de forma práctica con una cinta azul. El silencio de la casa sólo era interrumpido de vez en cuando por el canto de algún pájaro o el viejo reloj marcando las horas. Pero su mente no estaba allí. Estaba en 1982.

O mejor dicho... en las amigas que había dejado allí. O quizás no...

—Erica... Claudia... Ellen... —murmuró en voz baja, como quien invoca nombres sagrados.

¿Acaso ellas también habrían sido transportadas? ¿Estarían allí también o habrían caído en otras épocas? ¿Épocas distintas para cada una, según sus propios sueños y amores? ¿Serían damas de otras cortes, esposas de otros lores o, quizás... aún estarían intentando comprender qué había sucedido? Sintió una punzada de nostalgia apretarle el pecho. Habían prometido, entre sorbos de té y risas cómplices en la librería Hatchards, que estarían juntas para siempre. Ahora, estaban separadas por el tiempo. Literalmente.

"Y si... y si ellas volvieran a la librería... ¿Y si me buscaran? ¿Y si esperaran una pista... una señal?"

Dall se levantó de golpe, movida por un impulso. Sus pies descalzos no hicieron apenas ruido sobre el suelo de madera encerada. Caminó decidida hasta la estantería del fondo de la biblioteca. Allí había una pequeña colección de cuadernos en blanco, encuadernados en cuero, algunos aún sin estrenar, obsequio de un proveedor italiano, según le había explicado Sebastian en alguna ocasión. Pasó los dedos por los lomos, hasta elegir uno. La cubierta era de cuero envejecido y suave, con un discreto adorno dorado en el lateral. Al abrirlo, comprobó que, efectivamente, las páginas estaban completamente en blanco. Perfecto para iniciar un diario. Sonrió. Era justo lo que necesitaba. El lugar ideal para dejar un

mensaje a sus amigas... y quizás, también a cualquier otra alma que, como ella, amara los libros y el tiempo.

Dall tomó una pluma, la sumergió en el tintero de la escribanía, volvió a su sillón y respiró hondo antes de comenzar. Se quedó unos segundos mirando la página inmaculada. Y entonces... empezó a escribir:

Londres, primavera de 1812

Querido diario,

Si algún día estas palabras son encontradas... Espero que sea por vosotras, mis amigas. Erica, Ellen y Claudia. Estoy bien. Soy feliz. Y por improbable que parezca, he encontrado lo que tanto buscaba: un amor verdadero.

Sí, me he quedado. Me he quedado en este siglo, en esta mansión, en esta primavera... y lo más sorprendente es que también mi corazón ha decidido quedarse aquí. Si vosotras también habéis venido... dejad señales. Buscadme en la eternidad de las páginas, en los pliegues del tiempo, entre los libros de las estanterías de Hatchards. Tal vez, sólo tal vez... volvamos a encontrarnos.

Deseo de corazón que, estéis donde estéis, ya sea en otra época o en el presente, seáis tan felices como yo lo soy ahora.

Con cariño eterno,

Lady Dall de Montrose – Baronesa de Ravenshire

Firmó con decisión. Una lágrima caprichosa cayó sobre el margen de la página, y ella sonrió, emocionada. Cerró el diario con cuidado, como quien guarda un secreto precioso. Más tarde pensaría en cómo dejarlo en la librería sin que nadie lo notase. Quizá escondido entre las ediciones de la sección de historia... o detrás de una pila olvidada de novelas del siglo XIX. Por ahora, aquel diario era su esperanza. Un vínculo entre épocas. Un hilo

invisible entre corazones que una vez leyeron juntas... y que, tal vez, algún día, volverían a encontrarse.

Afuera, el jardín florecía en tonos de rosa, amarillo y lavanda. La brisa soplaba suavemente, y Dall se sentía en paz.

"Parece increíble... pero ahora sé que el tiempo puede separar mundos... pero jamás separa almas destinadas a encontrarse."

Dall, después de escribir un segundo mensaje, cerró el diario y lo abrazó. En ese instante, oyó pasos firmes. Conocía bien aquel sonido: ¡Sebastian!

—Sabía que te encontraría aquí. Ya te echaba de menos, mi amor. Primero te busqué en el jardín... y al no encontrarte... supe que estarías aquí, en nuestra biblioteca.

Sebastian la alzó de la butaca hacia sí y la abrazó. Luego buscó sus labios suaves, y ella le correspondió con la misma pasión. Cuando, al fin, lograron separarse, él la miró a los ojos y dijo:

—Me has hecho comprender que la primavera no es sólo la estación de las flores... sino también... la estación del amor.

Epílogo:

Librería Hatchards, Londres, 2012. Doscientos años después…

La puerta de madera chirrió suavemente al abrirse, seguida por el tintineo discreto de la vieja campana de latón. Una brisa fresca de la mañana londinense entró en la librería como un saludo antiguo, mezclándose con el aroma a papel envejecido, madera pulida y un leve perfume a jazmín, que parecía permanecer en el aire sin motivo aparente. La joven que cruzó el umbral llevaba en los ojos la curiosidad inquieta de quien ya ha vivido mil vidas entre páginas dobladas. Vestía un vestido de corte vintage, medias de encaje y una boina azul marino sobre su cabello castaño recogido en un moño suelto, como si ella misma hubiera salido de una novela antigua.

Llevaba un bolso de tela estampado con la portada de *Orgullo y Prejuicio*, y en los labios, un entusiasmo contenido, casi sagrado. Aquella era su catedral. Su refugio.

—Disculpe —dijo, acercándose a una dependienta de rostro amable, con gafas colgadas de una cadena. —¿Tendría alguna recomendación de novelas de época? Cuanto más sentimental y con vestidos largos... mejor.

La dependienta sonrió, con la familiaridad de quien ha escuchado aquella petición muchas veces, pero nunca de la misma manera, y como buena librera de las más antiguas, siempre era un placer guiar a un lector hacia una nueva aventura literaria.

—Tenemos una selección encantadora al fondo. Pero, viendo que es usted una auténtica amante de las novelas de época y de las

piezas vintage... si me permite... quizá haya algo que quiera ver primero.

La condujo hacia un rincón discreto de la tienda, donde, sobre una mesa de caoba oscura, reposaba una urna de cristal sencilla, pero solemne. Dentro, un libro de tapa de cuero marrón, con un cierre de metal envejecido y bordes de páginas dorados, parecía haber resistido al tiempo con una elegancia serena.A un lado de la urna, una pequeña placa decía:
"Volumen hallado entre las estanterías en 1992.
Sin registro de compra ni procedencia conocida.
Conservado por su valor emocional y por una firma enigmática.
Forma parte de la memoria de Hatchards."

El libro estaba abierto por una página cuidadosamente seleccionada. La caligrafía, elegante y curva, parecía haber sido escrita el día anterior, aunque los trazos delataban el paso de los años. La joven, a través del cristal, leyó en voz baja, como si profanara algo sagrado:

"Londres, primavera de 1812.

Si estás leyendo estas palabras, quizás también hayas amado, o ames, los libros tanto como para desear vivir dentro de ellos.
Yo amé... y lo deseé.
Y, por alguna razón que ni el tiempo supo explicar, fui escuchada.
Me quedé. Elegí el amor.
Y él eligió quedarse conmigo.
Si algún día mis amigas también encuentran este camino... sabed que estaré esperando... en algún lugar entre las estaciones."
Firmado:
Lady Dall de Montrose – Baronesa de Ravenshire

Un escalofrío suave recorrió los brazos de la joven. Por un instante, todo a su alrededor... el sonido de los pasos, el murmullo de las páginas al pasar, incluso el propio tiempo... pareció contener

la respiración. Se inclinó un poco más, los ojos fijos en aquellas palabras que parecían aún vivas.

—Lady Dall... —susurró, como invocando un nombre perdido—. Qué romántico...

La dependienta se acercó, cruzando las manos sobre el delantal de algodón, satisfecha al ver la emoción que había despertado.

—Nunca supimos con certeza quién fue ella. Pero existen historias. Algunas dicen que, hace diez años, cuatro jóvenes desaparecieron tras el final de una reunión mensual del club de lectura que formaban. Si no me equivoco, el club se llamaba "Las Ladies Literarias", y todas eran apasionadas de las novelas de época. Casualidad... o no, uno de los empleados más antiguos recuerda vagamente que una de ellas se llamaba Dall... al menos, así la llamaban sus amigas.

—Qué extraño... ¿Y este libro? ¿Nadie de la familia de esa lady lo reclamó jamás?

—Lo encontramos detrás de una estantería, donde nunca debería haber espacio para un libro de este tamaño. No está a la venta. Ahora forma parte de la tienda.
Forma parte de su leyenda.
En cuanto a la familia... dicen que los pocos descendientes que pudo haber, se trasladaron a Francia hace muchos años.

La joven permaneció en silencio, con los dedos apoyados suavemente sobre el cristal, como intentando atravesarlo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero en sus labios permanecía una sonrisa... ese tipo de sonrisa que sólo las personas que creen en finales imposibles pueden ofrecer al mundo. Entonces, al leer el mensaje visible en la página siguiente, pues el libro estaba expuesto abierto, comentó:

—Me encantaría encontrar un amor así... —susurró—. Un amor infinito que trascienda la razón.

La dependienta simplemente asintió, como si supiera algo que prefería no revelar.
Y entonces, por un breve segundo, cuando la luz de la mañana iluminó las páginas del libro, pareció que una brisa leve recorrió aquel rincón de la librería... aunque ninguna ventana estuviera abierta.
O quizás... solo era el tiempo, recordando a todos que las palabras y los pensamientos... tienen poder.

Y así termina la historia de Dall... no con un punto final, sino con una coma en el tiempo.
Porque los libros... cuando hablan de amor... nunca terminan de verdad.
Y, al igual que el amor... y que las personas...
Siempre dejan algo de ellos en nosotros...
Incluso cuando se cierran.
Incluso cuando parten...

Nota del autor:

Siempre tuve el deseo de escribir una serie de época en la que cada libro representara una estación del año. Al mismo tiempo, me fascinaba la idea de crear una novela con viaje en el tiempo, de esas en las que el amor desafía siglos y lo imposible se hace realidad con un simple pasar de página.

Fue así, en una madrugada silenciosa, como nació la idea de la serie Las Estaciones del Tiempo, un proyecto que unió esas dos pasiones: el tiempo histórico... y el tiempo mágico. Pero como si eso no fuera ya suficiente para alimentar mi imaginación, también surgió en mí el deseo de hacer un homenaje especial a una amiga muy querida y apasionada por las novelas de época: Dall. Sí... Dall, la misma Dall que habéis conocido en esta historia, existe de verdad.
Ella forma parte del club de lectura presencial al que pertenezco aquí en Natal/RN (Brasil), el Vicia Clube, fundado y administrado por la autora nacional Gllauce Brandão. Dall siempre decía cuánto soñaba con verse retratada como la protagonista de una novela de época, especialmente ambientada en el período de la Regencia inglesa. Y fue ese deseo, tan dulce como genuino, el que sembró la semilla de la historia que acabáis de leer.

Sin embargo... el proyecto creció. Otras chicas del club también se sumaron a esta loca y encantadora aventura y prestaron sus nombres —y un poco de sus esencias— a las próximas heroínas de la serie.
Sí... Érica, Cláudia y Ellen también existen. Con algunas adaptaciones, por supuesto. Porque la licencia poética siempre es necesaria. Pero todas ellas llevan algo de la mujer que las inspiró.

Otros elementos de esta historia también son reales: la librería Hatchards, por ejemplo, existe de verdad. Es la librería más antigua del Reino Unido, fundada en 1797, ubicada en Piccadilly Street desde 1802, conocida por ser la librería oficial de la familia real y por haber sobrevivido a los bombardeos de Londres durante la Segunda Guerra Mundial.
El club Lady's Literarias que aparece citado en la historia también existe: es un club de lectura online, dedicado exclusivamente a lectoras de novelas de época, y administrado, una vez más, por Gllauce Brandão.

Ahora bien... ¿el diario de Lady Dall expuesto bajo una campana de cristal en Hatchards?
Ese, queridas lectoras, nació de mi imaginación. Una dulce licencia poética que me permitió dar vida a un pequeño misterio dentro de una gran historia de amor.

Otros dos detalles que quiero mencionar: la forma en que me refiero a Sebastian, a veces como "lord", otras veces como "barón". En aquella época era habitual que los barones fueran tratados también por el título de "lord" en ciertas circunstancias.También es importante explicar que el smog mencionado brevemente fue una especie de niebla provocada por la extrema contaminación en el Londres antiguo, resultado de la quema de carbón en fábricas y chimeneas domésticas. Incluso, en 1952 alcanzó un nivel máximo, causando el famoso desastre ambiental que afectó a Londres durante cinco días y que provocó miles de muertes. A raíz de aquello, el Reino Unido implantó leyes más estrictas sobre la contaminación del aire.

Por último, pero no menos importante... quiero dejar constancia de que escribir este libro fue una de las experiencias más emocionantes de mi trayectoria como autora. Hubo momentos de inseguridad, por supuesto... sobre todo por querer hacer justicia a la homenajeada... pero también hubo muchos instantes de puro encantamiento.

Y lo más mágico de todo es que esto... aún no termina.
Dall vivió su primavera.
Y ahora... ha llegado el momento del otoño.

Así que... gracias por leer.
Gracias por creer.
Nos vemos en el otoño... entre las hojas de los próximos capítulos del tiempo…

Con cariño,

Karina Bezerra

Próximo libro:

En el próximo libro, conoceremos el destino de Érica. Joven profesora de Historia. Decidida, quizá no tan romántica como Dall... pero con su propia dosis de romanticismo.
Érica cae en pleno corazón de las Tierras Altas escocesas, en pleno siglo XVIII, rodeada de hombres armados y de tradiciones que hasta entonces solo conocía por los libros.

Capturada y llevada al castillo de James MacRae, Laird de un clan rebelde, hermoso, indómito y peligroso...
Entre hojas secas, misticismo, espadas afiladas y corazones endurecidos...
nacerá una pasión capaz de desafiar el tiempo, la lógica... y el orgullo.